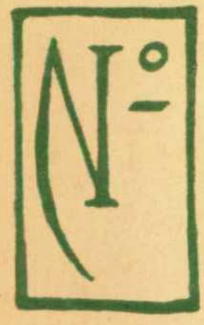
REVISTA NACIONAL DE

EDVCACIÓN

REVISTA DE PSICOLOGIA · GENERAL · APLICADA

INSTITUTO NACIONAL DE PSICOTECNIA · BIBLIOTECA



J-4

REVISTA NACIONAL DE EDUCACION

NUMERO

90

AÑO IX
SEGUNDA EPOCA
1949

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4

SUMARIO

EDITORIAL

Margarite Kay: EL ARTE ABSTRACTO DE CESAR DOMELA

Robert d'Harcourt: SABIDURIA DE GOETHE

Juan Domínguez Berrueta: EL MATRIARCADO Y SU PERMANENCIA

Julio Angulo: LOS PRIMEROS LIBROS DEL MUNDO

HECHOS

EL JEFE DEL ESTADO, DOCTOR «HONORIS CAUSA» DE COIMBRA

SE INAUGURA EL NUEVO CURSO ACADEMICO

DOS NUEVOS EDIFICIOS DOCENTES EN ASTURIAS

LA NUEVA ESCUELA DE PERITOS INDUSTRIALES

LAS PUBLICACIONES DEL CONSEJO DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

LA OBRA DEL ESPIRITU

APORTACION DE GONZALEZ PALENCIA A LA LITERATURA ESPAÑOLA

EL ESPIRITU Y LA OBRA DE D. JOSE ROGERIO SANCHEZ

D. ANTONIO BALLESTEROS, EJEMPLO DE UNIVERSITARIOS

NOTAS DE LIBROS

Instituciones medievales españolas, por José María Font Ríus.

Setenta años de periodismo: el Marqués de Valdeiglesias.—Editorial Biblioteca Nueva.—Madrid, 1949.

El libro de Madrid, por Gaspar Gómez de la Serna.—Editora Nacional.—Madrid, 1949.

Diccionario de la literatura, por Federico Carlos Sáinz de Robles.—Tomos I y II.—Aguilar.—Madrid, 1949.

Memorias de libreros, por Antonio Paláu y Dulcet.—Edición novenal.—Librería para bibliófilos.—Madrid, 1940.

El número 46 de la *Revista de Estudios Políticos.*

Ismos, por Juan Eduardo Cirlot.—Librería Editorial «Argos», S. A., 1949.—Barcelona-Buenos Aires.

Los tratados sobre educación de príncipes.—Siglos XVI y XVII.—María Angeles Galino Carrillo.—Instituto «San José de Calasanz». Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Madrid.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

EDITORIAL

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA - BIBLIOTECA

UNO de los actos más trascendentales —por lo significativo y cordial— de la estancia del Jefe del Estado español en Portugal fué, sin duda, el de imponerle en la sala de los Capelos de la Universidad de Coimbra, apadrinado por el Patriarca de Lisboa, monseñor Cerejeira, las insignias de doctor «honoris causa» de aquella Facultad de Derecho. El acto, con la solemne sencillez de las ceremonias universitarias, dejó honda huella en el ánimo de la concurrencia. Por actores y por espectadores. Y, desde luego, tanto por la realidad como por el simbolismo del acto en sí. Porque la designación de doctor «honoris causa» en las nobles y altas funciones del Derecho para un gobernante que no es precisamente un empirista o doctrinario del Derecho, sino un soldado —y un soldado heroico— que ejerce el derecho, que lo practica y lo crea, supone tanto como la declaración y el reconocimiento taxativos de que el Derecho ha encontrado —y encuentra— en ese soldado, en este caso el Generalísimo Franco, la mejor salvaguardia operante del Derecho mismo.

Porque el Derecho no es simplemente una doctrina. Es, fundamentalmente, una acción. Ningún credo se basa sobre una teoría, sino sobre una realidad. Y es mejor paladín del Derecho el que lo ejecuta que el que lo escribe. Tan es así, que el Derecho no es una invención, sino una necesidad. Un medio efectivo de regular, dentro de la moral activa de los hombres, sus relaciones tutelares, sus intercambios de justicia, sus reprocidades de respeto y de ayuda. El Derecho, por decirlo fundamentalmente, surge cada día del imperio de esas relaciones. Puede haber más Derecho en los compromisos de una tribu, que en las expresiones políticas o sociales de un pueblo moderno, siempre que esa tribu, firme ante la tradición de su innata justicia, distribuya la paz y fomente el trabajo entre sus componentes. Puede no haber ese Derecho en las expresiones de los pueblos modernos siempre que estos pueblos, por una casuística política, menoscaben su libertad, crispen sus fronteras y alienten en los pueblos extraños la discordia y la tiranía.

Franco ha sido investido de las insignias de doctor «honoris causa» en Derecho por la gloriosa Universidad de Coimbra, que fundara otro gobernante, Don Juan II, cuando Franco ha creado ya, por su intervención estatal, tras de ganar una guerra sombría, ágiles y fecundos principios de Derecho. Y los ha creado, ahí está su obra palpitante, día a día, empeñado en levantar su patria sobre cimientos de sólida justicia. Basta una ligera mirada. De abajo arriba, de dentro afuera, el Jefe del Estado español, con la cooperación de su Gobierno, entrama las características de su nación dentro de fórmulas, unas tradicionales, otras recién creadas, dirigidas todas a salvaguardar los principios generadores —y regeneradores— de la sociedad española. Los tiempos son du-

INSTITUTO NACIONAL DE PROMOCIÓN TÉCNICA - BIBLIOTECA

ros, las asechanzas continuas y, sin embargo, España, sola, entre el tumulto de su historia, va cuajando su porvenir, emancipando su libertad, robusteciendo su economía, proliferando su trabajo y, sobremanera, enraizando, hasta lo más entrañable, su fe en la hermandad de hombres y de pueblos.

El acto de la Universidad de Coimbra —entre otros actos igualmente resonante— constituye un claro exponente de esa nueva fe española en la hermandad de hombres y de pueblos. Una fe, ni que decir tiene, que alberga sentimientos de raza y antecedentes de historia y que alumbra, con llama inalterable, amplios caminos de futuro. Establecer ya, con hechos irrebatibles, los postulados de la hermandad social sin obstáculos de frontera, constituye no una lección, sino una obra. del mejor Derecho. Esto en cuanto al gobernante, porque el militar ya había puesto su espada, su laureada espada, al servicio de la Justicia y del Derecho. Porque en el caso de Franco, parejamente y subsiguientemente a sus designios de soldado corren sus designios de gobernante. Gana la guerra para establecer la paz. Una paz en medio de un mundo que todavía no ha podido desterrar ni sus resentimientos, ni sus belicismos, ni sus discordias. España es, pues, en medio de ese mundo, un oasis de paz, de trabajo, de amor y de fe. Si bien se mira, el Derecho no es más que la armonía de esos principios indeclinables del hombre bien regido. En cuanto falle uno de esos principios los demás se vienen a tierra con estruendo.

El doctor Braga da Cruz, catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Coimbra, al que cupo la misión de hacer el panegírico del Jefe del Estado español, dijo, entre otros conceptos e ideas, acerca de nuestro Caudillo: «Interpretando el sentir unánime de la Universidad portuguesa, el

Alma Mater Conimbricense, quiso aprovechar la oportunidad para tributar al hombre a cuyas manos se debe la salvaguardia de la civilización y de la cultura españolas el más expresivo de sus homenajes, concediéndole, a través de la Facultad de Derecho, el grado de doctor «honoris causa». En estas sobrias palabras se halla, de modo elocuente, todo el valor de la obra de Franco, «a cuyas manos se debe la salvaguardia de la civilzación y de la cultura españolas». No habría más y ya era lo bastante para otorgar el magno título de doctor «honoris causa» en Derecho a quien, de seguro, no le han guiado en su vida abnegada otros móviles que los de defender, propulsar y crear motivos que honren al Derecho mismo. Porque, insistimos: no es el mejor Derecho el que se pregona, sino el que se ejerce.

Portugal y España, por la ejemplaridad de sus hombres de Gobierno, por la adhesión arrebatada de sus pueblos liberados, se comprenden y, parejamente, se aman. Ambos pueblos se encuentran siempre en la línea crucial de idénticos propósitos —y de idénticas cosechas, por tanto— en su doble acción sistemática —doble y una— para no caer en los desatinos de la historia moderna. Luchan Portugal y España por no ceder sus legados de justicia, de trabajo, de amor y de fe y, al propio instante, por ampliar, con obra propia, de hoy, la gloria de esos legados. Nada ni nadie podrá apartarlos del cumplimiento de esa conducta. Contra viento y marea. Ajenos a las embestidas de la incomprensión y de la falacia, Portugal y España, pequeños pero suficientes, ardidos pero generosos, rotuntos pero fieles, son pueblos que no quieren anquilosarse, ni siquiera en sus expresiones de redención. Porque siempre es posible una evolución cuando se marcha cara al Derecho, que es la perfección misma.

Investir al jefe de una nación con los atributos de un doctorado en Derecho ya es reconocer que en esa nación está el Derecho con todas sus garantías y todas sus prerrogativas. Pero quien otorga esa investidura dicho se está que puede y sabe ser maestra en Derecho.

EL ARTE ABSTRACTO DE CESAR DOMELA

Por MARGUERITE KAY

INSTITUTO NACIONAL DE PINACOTECA - BIBLIOTECA -

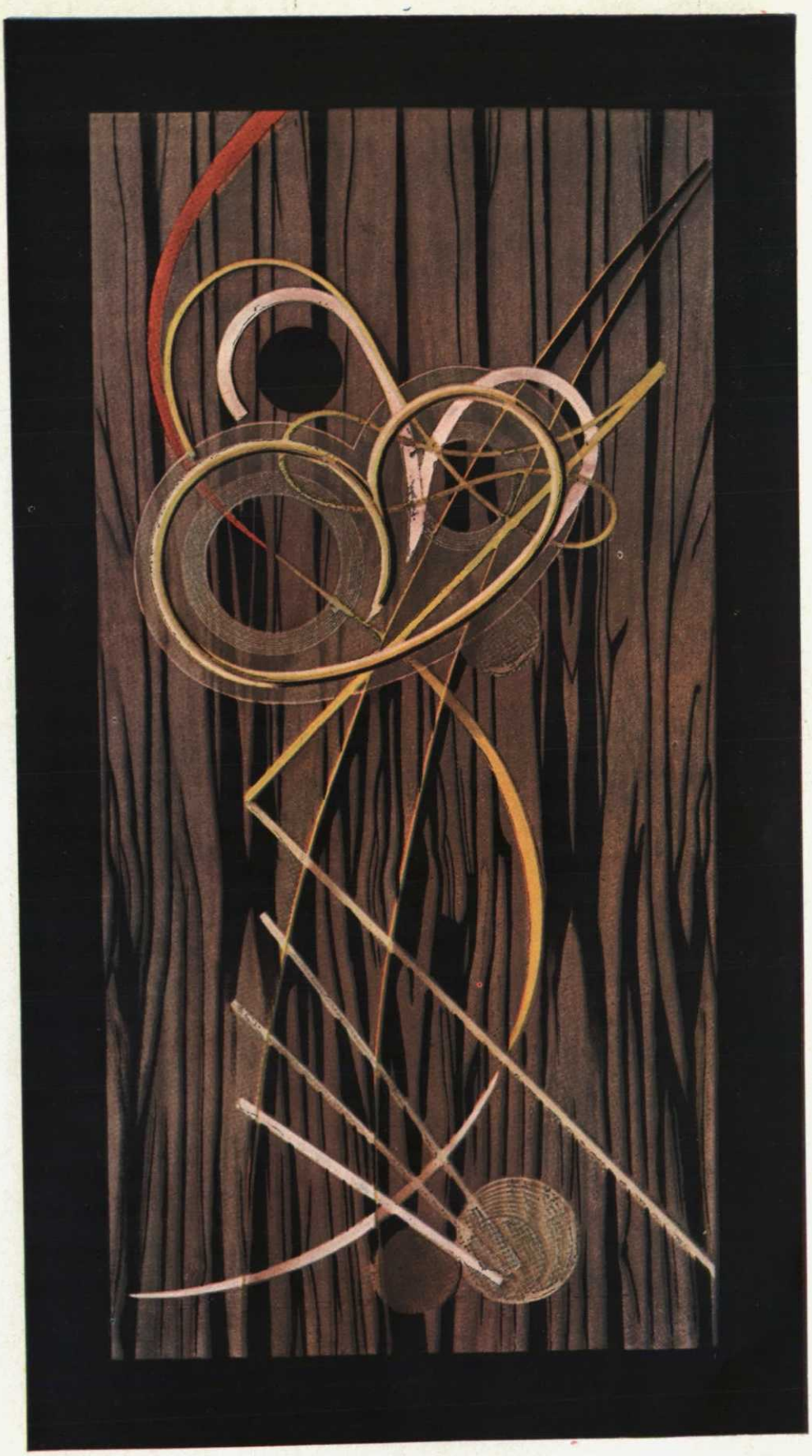
En el verano de 1948, la Galería Apollinaire, de Londres, expuso una original colección de obras escogidas, todas interesantes, del artista holandés César Domela. La exposición comprendía, además de acuarelas y óleos, cierto número de construcciones neoplásticas en madera, metal, cristal y otros materiales. Tanto las pinturas como las composiciones plásticas representaban el estilo del artista abstracto o «no-objetivo», estilo que es hoy objeto de grandes controversias.

Domela nació en Amsterdam en 1900, y sus primeros ensayos de arte empezaron en 1919, en que hizo algunos estudios del natural en Holanda como estudiante autodidacto completo. Pero ya en 1922 se fué a Suiza, en cuyas ciudades de Ascona y Berna comenzó a interesarse por el arte

abstracto, y ha continuado firme en su propósito hasta hoy, habiendo celebrado ya muchas exposiciones en ciudades de Europa y América. Pasó seis años críticos, de 1927 a 1933, en Berlín, capital que en aquella época era el centro en donde se ensayaban todas las escuelas de arte moderno. Allí entabló conocimiento con los miembros del «bauhaus», llegando a conocer a muchos de los artistas de vanguardia del día. En 1933 se trasladó desde Berlín a París, donde continúa aún dedicado a su estilo personal.

Su obra se caracteriza por un sentido del color muy refinado y agudamente desarrollado, y un original y delicado instinto del ritmo, que da a su trabajo cierta calidad musical. Este talento para usar la forma y el color en la creación de una obra de arte capaz de excitar nuestra imaginación, despertando nuestras emociones, es una de las características más acusadas de Domela. Aunque en muchos casos sus composiciones se aproximen a las figuras geométricas, nunca muestran la generalización impersonal de la forma científicamente pura. Cada trabajo es incuestionablemente individual, pleno de vida particular y ritmo propio, y este desarrollado sentimiento de la individualidad, en Domela se extiende a todos los objetos. En este respecto, cada hoja de papel o pedazo de tela, cada plancha de madera o banda de metal, un simple trozo de cristal, asume a sus ojos una personalidad y ser propios, inconfundibles, que requieren un trato diferente que los demás. Así, su trabajo admite sutiles variaciones.

Mas es en su particular concepción del espacio donde nosotros podemos percibir algo de los principios fundamentales que sustentan y hacen artísticas las obras de Domela. El viejo método por el cual el espacio en la pintura queda



César Domela. «Composición 1942-1943»

limitado por una construcción de perspectiva o forma, el fondo para el dibujo ha sido reemplazado por una concepción más amplia y nueva del problema del espacio en sí. Esto se ve muy claro en los cuadros donde la pintura ya no es tridimensional, con un primer plano, una distancia media y un fondo unidos a un ente por medio de una construcción de perspectiva. En vez de ésto, las partes indivisas de la composición avanzan y retroceden, creando su propio espacio en un proceso que es completamente independiente de los límites de la pintura; mas cada parte está ya relacionada con las demás en una secreta armonía, que produce en el espectador algo del efecto cósmico de los cuerpos en movimiento continuo, en los cuales la proximidad entre sí o la distancia ha dejado de existir en cualquier sentido de dirección. Este efecto queda aumentado por el empleo de color, en el que no se gradúan ni contrastan las diferentes sombras, sino que se tratan individualmente. Tampoco se hallan éstas relacionadas espacialmente, sino que ayudan a crear armonía.

Quizá sea de interés al llegar aquí el considerar los propios puntos de vista de Domela sobre la naturaleza del arte «no-objetivo». Divide el arte en tres grupos. Uno de ellos, el naturalista, basado en la contemplación del mundo visible de la Naturaleza, siendo función del artista organizar estas formas visibles dentro del cuadro. Como manera opuesta a ésta, el artista parte de la contemplación de las fuerzas que hay tras el mundo visible, y recreando la inter-acción de estas fuerzas ocultas revela la armonía artística del proceso creador. Los medios esenciales que llevan al artista a situarse en armonía con estos poderes absolutos, cuyo ritmo y fuerza percibe, son intuición y meditación. Una vez que ha absorbido su ritmo, empieza a surgir en su mente el esbozo de

su composición, hasta que ésta comienza a tomar cuerpo, y luego emplea el color, la forma y los materiales que den forma tangible a su visión. En opinión de Domela, el cubismo está a mitad del camino entre estos dos grupos. Disolviendo la forma natural en un modelo «no-objetivo», el artista cubista fuerza al espectador a trasponer los límites entre la naturaleza visible y los poderes invisibles que la crean, preparando el ojo y la mente a apreciar directamente su fuerza.

El gran peligro para el arte «no-objetivo» es que puede usar medios de expresión que yacen fuera de su propia esfera. Si bien todo arte posee ciertos principios comunes, cada uno de ellos, sin embargo, debe operar con sus propias leyes particulares. Así, las artes bellas que hayan de apreciarse por el sentido de la vista deben tomar una forma que llame la atención en primer lugar al ojo, y ambas partes, la objetiva y la «no-objetiva», pueden igualmente llenar las condiciones necesarias. Mas en el arte naturalista hay una tendencia potencial a elevar el objeto como tal por encima de la interpretación artística de él, a juzgar la obra de arte por su más o menos triunfal interpretación imitativa de la Naturaleza y a darse por contento con la interpretación literaria de la Historia contada. Pues este error en la manera de considerar el arte es el que Domela nos ayuda a rectificar. Forzando nuestros ojos a mirar directamente para apreciar la belleza absoluta del color y de la forma, nos hace percibir los valores individuales y espirituales que constituyen su esencia. Y la lección llega a más. El ojo que ha aprendido a ver directamente apreciará mucho antes las calidades artísticas de una obra de arte naturalista. Veamos un ejemplo: una forma de composición, vista en alguna de las obras de Domela, puede describirse como centrípeta, con movimiento ten-

César Domela. «Composición 1942»

dente a concentrarse en un punto central. Otras obras, aunque más raramente, muestran una composición centrífuga, con el movimiento tendente a divergir de un punto central. Esta concentración o difusión, según los casos, hallan una expresión paralela en el arte naturalista y llegan a veces a regir la estructura espacial de un cuadro. Así, por ejemplo, en el retrato de Arnolfini y su mujer, por Jan van Eyck, el movimiento converge desde la derecha y desde la izquierda, retirándose a un punto central en el fondo. Un ejemplo de lo contrario tenemos en el retrato de los Embajadores, de Holbein, el cual muestra el énfasis colocado en divergencia espacial, en el que desde un punto central, dentro del espacio de la pintura, el movimiento va hacia adelante y a la derecha, y a la izquierda hacia la superficie del cuadro. Ambas concepciones espaciales opuestas son completamente independientes de la construcción de la perspectiva y revelan la concepción artística del autor más que su técnica. El arte «no-objetivo» muestra tales principios más directamente, si bien éstos forman parte esencial de todas las obras de arte.

Aun aparte de estas consideraciones, el arte de Domela tiene un verdadero atractivo, superior al que pudiera ejercer un mero dibujo. Refleja su personalidad con tanta fuerza como pudiera hacerlo cualquier interpretación naturalista y revela un sentido del ritmo y de la armonía muy poco corriente, el cual a veces alcanza una intensidad casi lírica.

SABIDURIA DE GOETHE

Por ROBERT d'HARCOURTH
(De la Academia Francesa)

En este año, en que se celebra el aniversario de su nacimiento, podemos preguntarnos cuáles son sus títulos principales a nuestros ojos. Barrés ha respondido en forma paradójica: «Vale a nuestros ojos por la excelencia de su disciplina y de su método de vida; su obra es secundaria.»

Estas líneas, que clasifican con altanera tranquilidad en la categoría de «secundario» a Werther y Iphigenia y Fausto, las rechazamos en su conclusión; pero tenemos el derecho de retener su primera parte. Es verdad que Goethe, por su respeto del orden y del método y por toda la construcción consciente que representa su vida, es un maestro de sabiduría. Uno de sus contemporáneos, el médico sajón Carus, ha expresado un juicio que en cierto modo y casi con las mismas palabras, repite el de Barrés, cuando nos dice: «Goethe tenía horror a toda genialidad desatada. El orden y la especie de limpieza coquetona que quería ver reinar

en la atmósfera que le rodeaba, son una imagen refrescante y simbólica de la bella disciplina y de la clara limpidez de su vida interior.»

* * *

Goethe mismo nos ha informado sobre su manera de trabajar. Pocos escritores han creído más que él en el esfuerzo cotidiano, en la regla, en la puntualidad en la labor, en la claridad de la distribución del trabajo. Esta confianza en el orden la ha subordinado, sin embargo, a una ley más alta. Pensaba que se podía distinguir entre dos clases de «producciones» poéticas: una producción «superior» y otra «inferior».

Partiendo de esta jerarquía, fundamental en su espíritu, se explica con muchos detalles en una conversación con Eckermann que tenemos por esencial (marzo de 1828). En un caso el escritor es el instrumento pasivo de la inspiración. Todo le es dado. Está dispensado de intervenir. Cree que escribe cuando es un dios el que escribe en su lugar. Su «demonio» conduce su pluma. El único papel que le resta es el de la acción de gracias por los «regalos inesperados que se le ofrecen, por la debilidad inmerecida de «vaso de elección» de la inspiración que le ha sido conferida.

Al lado de esta producción «divina» hay una productividad más tierna, pero que no debe ser despreciada: es la parte que le corresponde al obrero al lado de la del genio. Las visitas del dios eran breves relámpagos. Después de su paso queda al poeta toda una tarea que cumplir; una tarea en la cual Goethe todavía distingue un reflejo lejano de lo divino. A la inspiración es preciso darle esta materialización, sin la cual se pierde: desbastar el mármol, liberar, por medio de hábiles y sabios golpes de bisturí, el «cuerpo visible de la obra». La inspiración es de naturaleza discontinua. Aparecen puntos «resplandecientes», entre los cuales es tarea del poeta establecer la cadena reconstituyendo los eslabones intermediarios.

Goethe creía mucho en lo inconsciente, en lo «demoníaco», en la gracia de la creación. Siendo joven, se arrojaba como un poseí-

do de la cama para trazar con una escritura vacilante, en diagonal, sobre el papel, los versos que le venían al pensamiento, como si fuera un sonámbulo, según él mismo nos ha dicho.

Conservará toda su vida este respeto casi religioos a los caprichos de la inspiración y esta voluntad de corresponder a ellos con una docilidad inmediata. Toda negligencia era un pecado contra la poesía. Un día estaba conversando gravemente con el rey de Baviera. Durante la conversación le vino una idea sobre su Fausto. No podía perdonarse el dejarla perder, y, con desprecio de las reglas más elementales de la etiqueta, se aparta algunos instantes para tener tiempo de fijar sobre el papel esta idea. Vuelve ya sereno, anotada la idea y en paz con su conciencia de poeta.

* * *

Respeto a la inspiración, al don gratuito, pero también respeto a la tarea, a la labor y al tiempo. Pocos escritores han tenido un sentido más agudo del valor del tiempo, de la sustancia preciosa que representa. El ha dicho en bellos versos la especie de veneración que le inspiraba el tiempo, esta «herencia de magnífica amplitud», más estimable, aunque en forma diferente, que los diez mil florines que le legó el consejero Goethe, su padre; suma que para la época era bastante importante.

El canciller Müller ha usado un término justo cuando ha dicho de Goethe que él «no utilizaba el tiempo, sino que lo explotaba», con lo cual la palabra «explotar» encierra un conjunto de método y actividad. Para Goethe no había horas vacías. ¡Cuántos versos de su mano fueron escritos sobre mesas de posada, en los instantes del cambio en los relevos de las costas! Dictaba en la bañera. Escribe a Schiller que intenta modificar la posición de su cama con el fin de estar más cómodo para dictar, y da a su amigo el consejo de que le imite. Las curas termales no son curas de reposo. En Wiesbaden, en junio de 1815, trabajaba diecisiete horas diarias en la redacción de su *Viaje a Italia.*

No puede concebir la utilidad de las vacaciones. Son, para él,

una especie de escándalo, y este infatigable se enfada con sus semejantes que no tienen de la vida la misma concepción que él.

Entre los derroches detestables, considera uno de ellos la correspondencia. Ha tratado este capítulo con el más feroz realismo. Había cartas que le enviaban alguna cosa: una información, una colaboración, un enriquecimiento; y cartas que solicitaban un servicio. Las cartas que ofrecían eran tomadas en consideración; las que pedían tomaban directamente el camino del cesto. «Yo siempre he respondido rara vez a las cartas que recibo —confiaba con serenidad a su viejo amigo Zelter—, y permanezco fiel a esta regla en mi vejez. Y para ello hay una doble causa: no me gusta escribir cartas vacías, y las cartas importantes me desvían de mis trabajos del momento.»

* * *

Ante la soberanía de la obra por realizar, el escritor debe establecer una discriminación severa entre los enemigos y los aliados. Estos tienen a veces un rostro imprevisto. El fastidio, por ejemplo, puede ser un buen aliado. El vacío exterior favorece las maduraciones interiores, los lentos crecimientos orgánicos, que hacen duraderas las obras y que turban, por el contrario, a la vaciedad del mundo. Goethe se elevó a una especie de ascetismo del silencio. Ha alabado «la soledad absoluta». Cuando quería ver a sus semejantes, no se dirigía a los mundanos; la sociedad de los salones es la más peligrosa de todas las sociedades. Su comportamiento en Italia es revelador desde este punto de vista. Huye de la gente; evita a los cardenales y a las princesas; vive por debajo de su nivel social. Muy íntimamente con una bella hija del pueblo, familiarmente con pintores poco importantes de su país, en la compañía de los cuales pasa buenos ratos de despreocupación. Prefiere las tabernas a los salones, y la bohemia a las recepciones. El resultado da un balance positivo: avanza en la composición de Egmont y el Tasso; compone una nueva redacción en verso de Iphigenia.

Detesta la improvisación, y contra su gusto están todos los se-

res que se mueven con soltura en los salones. La brillante facilidad de Madame Staël es para él una causa de molestia, de enfado: él le reprocha, quizá un poco duramente, no tener «ninguna noción del deber», ni de «las condiciones de tranquilo silencio» que permiten su cumplimiento. Con ella es preciso hablar o discutir siempre, «obrar en seguida». Nada hay más opuesto que esta agitación brillante a su tendencia personal. Las fuentes de la creación poética no se encuentran en los salones, sino en las profundas reservas de la naturaleza: en el agua, en el sueño, en el silencio, en el «olor de la tierra». Madame Staël ignora las fecundas lentitudes de Goethe; es el enemigo de los crecimientos artificiales, de las culturas forzadas.

* * *

El milagro poético exige el silencio, y también el secreto, que es su hermano. Al contrario que Schiller, a quien gustaba hablar de su propia obra, y para el cual la excitación de la discusión era un auxiliar de la producción, Goethe se callaba sobre su obra. La llevaba mucho tiempo dentro de sí; la ocultaba para mejor madurarla. La revelación prematura era una profanación. Nada podía reemplazar al largo, silencioso y amoroso comercio interior con un tema. Goethe utilizó mucho la palabra «durchdenken», que se refiere al lento atravesar del tema por el pensamiento y a su maduración por la mirada, concentrada siempre sobre él.

El beneficio del secreto no lo reservaba para la creación poética, sino que lo extendía a la vida en general. El hombre traicionaba su obra si la entregaba a las miradas del mundo antes de su terminación. Al hablar demasiado pronto era enemigo de su propio gesto. Es lo que nos dicen estos bellos versos:

Sólo el secreto garantiza nuestra acción.
El proyecto que revelas ya no te pertenece.
Incluso quien quiere mandar debe sorprender.

Sobre este amor del secreto de Goethe, el canciller Müller nos ha dejado las líneas que siguen:

«El secreto ha ejercido siempre sobre Goethe una atracción muy especial. En él veía, además de una garantía contra la propagación de proyectos importantes, además de una condición para su éxito, un principio de aumento de las fuerzas de la voluntad en los asociados a una misma causa. Este amor al secreto lo manifestó en los actos de la vida cotidiana, cuando era muy raro que pusiera a los demás al corriente de sus proyectos. Todavía le era más desagradable que se adivinasen sus intenciones.»

* * *

Una anécdota que nos ha contado Soret, con un humor encantador, nos muestra a lo vivo este gusto del secreto y esta estrategia de la sorpresa. Goethe quería colocar en la biblioteca de Iena 13.000 volúmenes que le había regalado el gran duque. Esta biblioteca era estrecha, sucia, húmeda, oscura. Goethe, que era gran amigo de los libros, temía por los volúmenes nuevos, ya que su alojamiento le parecía indigno y malsano, y no pudo impedir el considerar con melancolía cuánto mejor estarían instalados en una sala contigua, que era una sala de conferencias de la Facultad de Medicina. Pero ¿cómo obtener el acceso a esta sala? El cuerpo de profesores, al corriente de los deseos de Goethe, rehusó entregarle la llave de la puerta, y la sala estaba separada de la biblioteca por un muro de ladrillo.

Un plan maquiavélico surgió en la mente de Goethe. Puesto que las vías regulares (la puerta, la llave) le son prohibidas, intentará las vías irregulares, es decir, a través del muro. Se trata de momento de medir la potencia del obstáculo. Goethe hace venir a un albañil, y, sin revelarle sus intenciones, le manifiesta que desearía conocer el espesor que tiene el muro que separa las dos salas. El albañil comienza sus trabajos y consigue abrir un agujero en el muro, a través del cual Goethe, con el pulso acelerado, descubre

los retratos de personajes empelucados que decoran la sala de la Facultad de Medicina. «Todavía no veo muy bien, amigo; agrande usted un poco la abertura. No tenga cuidado; como si estuviera usted en su casa.» El agujero se hace cada vez mayor. La comunicación entre las dos salas es un hecho. Goethe hace venir a los empleados de la biblioteca, que rápidamente quitan bancos, sillas, cuadros, y hacen sitio para algunos miles de volúmenes. La suerte está echada y la anexión realizada: la sala de la Facultad de Medicina es ya biblioteca. Atraídos por el ruido, los profesores llegan al lugar del suceso, pero tarde. Ya no les queda más que inclinarse, aunque de mala gana, ante el hecho consumado.

* * *

Poseemos innumerables testimonios de su propia mano sobre el precio de este secreto. Su respeto a las virtudes del silencio aumenta con los años. Llegado al límite de sus días, graba en cera, en el mayor misterio, con una especie de solemnidad testamentaria y de lentitud minuciosa que aporta a los gestos graves de su vida, el manuscrito en el que ha hecho constar lo más profundo de sí mismo, el manuscrito final del *Fausto*. No se conoce la obra hasta después de su muerte. No ha encontrado otro medio para escapar a la curiosidad de sus contemporáneos, a la indiscreta avidez del mundo a quien más teme, de los charlatanes de salón.

Llega a ser mordido por la tentación de confiar a un amigo algo de la obra que cree tiene dentro de sí. Pero en ese caso llega a contenerse a tiempo, ya que apenas iniciada la confidencia se calla. La puerta no ha sido entreabierta más que un momento. No ha entregado nada. No ha traicionado nada.

En este aspecto es característica una carta dirigida a su amigo renano Sulpice Boisserée, escrita a los setenta y dos años. El anciano se deja deslizar por la pendiente de las confidencias; llega a hablar de su segundo Fausto, que «acaba ahora, en los días que ya los tengo contados», después de haber «descuidado la obra en

la edad en que el hombre cree en los eternos mañanas». Y después, de repente se detiene. ¿No habrá dicho ya demasiado? Entonces escribe prudentemente: «Releo lo que he escrito y me pregunto si debía enviar esta carta. No conviene hablar de lo que se quiere hacer, ni de lo que se ha hecho, ni de lo que se hace.»

Este doble movimiento: el deseo de entregarse y la detención a tiempo, la tentación y el remordimiento, lo encontramos en él con un curioso carácter de constancia. Cerca de treinta años antes, en la primavera de 1797, siente el deseo de confiar a Schiller algunos rasgos de una obra que comienza a despertar en él; pero su pluma se inmoviliza sobre el papel. Se da cuenta de la imprudencia que comete, siente que compromete su obra futura al revelarla demasiado pronto, y brutalmente, secamente, con desprecio de toda corta cortesía epistolar, corta toda revelación: «Sabiendo que yo no he podido jamás terminar las obras cuyo plan había revelado, prefiero detenerme en esta comunicación.» Punto, y eso es todo. El destinatario, que piense lo que quiera.

Hemos dicho que este gusto del silencio le acompaña a lo largo de su vida. En sus primeros años de Weimar, años de locura y despreocupación en la corte del duque Carlos Augusto, ya lo encontramos. Surge bruscamente en una carta a la vuelta de una frase: «Continúo viviendo en un mundo de locos, pero, sin embargo, estoy muy retirado en mí mismo.» En una carta a Carlota de Stein, en 1778, comunica su inquebrantable resolución de fortificar siempre, y cada vez más, las defensas de su vida interior contra la curiosidad del mundo exterior, y de armar, no solamente la «ciudadela», sino, para más seguridad, la «ciudad» entera.

Para preservar el recinto íntimo, todos los medios son buenos y todas las estrategias legítimas, incluso las que admiten difícilmente el código de la civilidad y de la honradez. Los visitantes de Goethe tenían que hacer frente a veces a recepciones heladoras. Su fervor debía contar con lo que llamaban «audiencias mudas». El escritor recibía los homenajes con la más completa lejanía y poca gracia, sin separar los dientes, contentándose con algunos gru-

ñidos a intervalos, que no permitían al visitante abrigar ninguna ilusión sobre su calidad de inoportuno.

* * *

Utilizó toda clase de máscaras para viajar de incógnito; en la conversación, expresiones atenuadas, que ponían un velo sobre el pensamiento. En general, había una gran distancia entre él y el mundo exterior. Confiarse era entregarse. Veía en la confianza un peligro para el que la hacía, una inconveniencia para el que la recibía.

Un día del año 1810 conoció esta tentación. En una carta a Carlos Augusto de Weimar confiaba al papel sus preocupaciones íntimas, y después, como siempre, se resistía, y he aquí las líneas que traza su pluma, que el día anterior había llegado hasta la confidencia: «He pasado la tarde de ayer en describiros sobre hojas de papel mi estado. No puedo hoy por la mañana tomar la responsabilidad de enviaros lo que escribí ayer. Nuestros hechos íntimos, nuestras enfermedades y nuestras penas secretas, toman un aspecto ridículo sobre el papel.»

En 1786 escribe a Jacobi que se rodea de un muro de soledad cada vez más elevado y que ha llegado a ser «mudo como un pez». La higiene del silencio adopta formas curiosas. Su horror de las expansiones, de las cordialidades exageradas, le conduce, por ejemplo a detestar la petulancia de los perros, a los que llama «baja gentuza».

La riqueza interior auténtica es inseparable del silencio. «El hombre cultivado, como el que trabaja en la cultura de los demás, vive su vida sin ruido (a Carlota de Stein, en el 1 de enero de 1807). El ruido pertenece al pueblo. La masa ama el estrépito de las palabras, la redundancia de las frases. En este gusto fundamental «conviene no molestarle», escribe Goethe el año de su muerte a su gran amigo Zelter, y el fino desprecio de este «respeto» no se nos escapa. Cuanto más se acerca el término de su vida, más se impone el carácter incomunicable de las riquezas de las grandes

profundidades. «El mejor de nuestros pensamientos no podemos traducirlo en palabras. El lenguaje no basta.» Este suspiro sobre la impotencia de lo escrito está expresado por el más grande escritor de Alemania ocho días antes de su muerte.

* * *

Su horror fundamental a la agitación, a lo que él llamaba el «ruído salvaje», está en el origen de la actitud tomada durante los años más turbulentos de la vida de su país; actitud que no ha carecido de valor para él y que le ha valido amargas críticas de sus compatriotas. Esta actitud es la del hombre prudente, pero no la del ciudadano. Goethe no toma parte en la acción colectiva. Mientras que su pueblo sufre en el gran desorden de la guerra, él cierra su puerta y se encierra en sí mismo para su tarea.

La obra es para él la «distracción», en el sentido más literal de la palabra. El mismo lo confiesa. En una carta a Jacobi, en mayo de 1793, confiesa que ha escrito *Reineke Fuchs* para «atrincherarse ante los conflictos del mundo». «Atrincherarse» es una palabra característica. La vulnerabilidad interior dicta esta táctica. La reacción instintiva, cuando el estrépito llena el mundo, es permanecer al margen. Ante la actualidad demasiado apremiante, Goethe se refugia en lo inactual. El objeto más alejado es el mejor: en 1813 se abisma en estudios chinos.

Su desprecio sólido para el público no tiene igual más que en su desprecio por sus gustos, y singularmente para el gusto, tan común a la masa, del «absurdo ruído de las gacetas». «He tomado una resolución severa: de una vez he suprimido la lectura de todos los periódicos», escribe a Zelter dos años antes de su muerte (29 de abril de 1830).

Un día, desde lo alto de su ventana en Iena, que da sobre Saale, contempla largamente el espectáculo de las flotillas de madera acarreadas por el río, y este espectáculo le dicta sobre el universal deslizarse y sobre la vanidad de la actualidad las consideraciones que siguen:

«Heme aquí en mi puesto de observación sobre el río, cuyo

rumor oigo. Miro los potentes trozos de madera, los troncos de árboles que descienden unidos unos contra otros al filo de la corriente. Un hombre basta para dirigir el movimiento. Las balsas, en su viaje, demuestran fantasía. Las unas descienden prudentemente hacia el fin que Dios les ha asignado; otras se revuelven en los remolinos; otras encallan en los bancos de arena, donde mañana las aguas crecidas vendrán a empujarlas hacia su destino. Ya ves que no tenía ninguna necesidad de perder el tiempo leyendo los periódicos, pues tenía ante mis ojos el símbolo más perfecto.»

¿Por qué estas fiebres de curiosidad tan vana? ¿Por qué esa avidez de saber las noticias del día? El hombre sabe todo demasiado pronto. No está nunca al abrigo de su siglo, jamás tan bien oculto que no le llegue por fin el rumor de su tiempo. En una carta a Sulpice Boisserée, en 1820, Goethe se compara a «la ermita que desde el fondo de su soledad percibe los mugidos del mar».

En lugar de la vana polvareda de la información, el sabio debe desear solamente el olvido. El olvido, no como una imagen, sino en el sentido más estricto, en el sentido más fisiológico, de destrucción de huellas. Este olvido, lejos de ser una tristeza, debe ser considerado por el hombre como un «alto don de Dios».

* * *

Es muy posible que piense en sí mismo cuando habla de los hombres notablemente dotados que no pueden terminar nada rápidamente, que tienen necesidad de realizar su tarea por etapas, de conquistar su tema con lentitud, de «penetrarlo» profundamente y en paz. Tales escritores pueden ser para sus contemporáneos un motivo de impaciencia, «porque es raro que de ellos se obtenga lo que se pretende en aquel mismo momento». Y, sin embargo, son los que han elegido «la vía más excelente de producción».

Un tema nacía en su mente; crecía lentamente en la sombra, respetando las leyes profundas de la germinación de la planta en la tierra, enriqueciéndose de todos los jugos de la vida. La composición de Ifigenia ha requerido ocho años; la del Tasso, nueve

años; la de Egmont, doce años; la de Wilhelm Weister, dieciséis años. Ha llevado dentro de sí su Fausto durante cuarenta años. La historia del drama se confunde con el de su vida. Desde su lejana juventud Fausto está en él. Es, como lo ha hecho notar justamente Thomas Mann, una genial «tarea de estudiante», la obra de un joven ejerciendo su verbo sobre sus profesores y sobre las universidades y superponiendo a esta sátira el relato de una banal seducción de una muchacha. He aquí el humilde germen del que sale lentamente «el gran árbol» de sombra inmensa, el «poema de la germanidad».

Goethe ha creído mucho en las virtudes del tiempo y muy poco en el rayo poético. La inspiración no excluye la paciencia. El «dios» da el germen, pero es el hombre el que realiza la obra. Ninguna realización poética se realiza en el milagro. Goethe miraba con fino desprecio las exaltaciones y las iluminaciones del genio. No gustaba de los titanes literarios, de los amasadores de nubes sobre los profetas, de los adoradores del relámpago: el Parnaso no es el Sinaí.

Los creyentes en la genialidad le ponían nervioso, y tenía para ellos recibimientos helados. Un joven «inspirado» le mostró un día un producto suyo, un poema todo fresca eclosión, del que está orgulloso y del que espera ciertos elogios. Goethe lanzó sus ojos sobre el manuscrito: «Amigo mío, un poema es un beso que se ofrece al mundo; pero los besos no bastan para crear un niño.»

* * *

Si él creía poco en los iluminados, creía mucho en las lentas acumulaciones, en la alimentación del tema interior por aportaciones diligentes del exterior, y no veía ninguna incompatibilidad entre el buscador y el poeta. Se admiraba y se escandalizaba un poco de que su amigo Knebel quisiera escribir sobre Lucrecia sin ayudarse de una cantidad de documentos, de fichas, de materiales. El tenía buen cuidado de obrar de muy diferente manera, guardándose mucho de escribir sin tener al alcance de la mano «refe-

rencias, extractos, noticias». Tenía la sabiduría de pensar que el escritor no debe descuidar el aspecto mecánico de su tarea, y habíase formado una a manera de estrategia de la composición. Sabiendo que la inspiración poética era intermitente en su naturaleza, había adoptado un método de trabajo que tenía en cuenta esa discontinuidad esencial. La obra en el telar era distribuída previamente en capítulos, divisiones, subdivisiones, lo cual le permitía avanzar a su momento y a su guisa en la redacción de tal parte o de tal otra, utilizar el lugar elegido para aplicar los materiales acumulados durante decenas de años. Los cuadros estaban dispuestos; no quedaba más que rellenar los «blancos». El dispositivo de espera permitía administrar los caprichos de la Musa.

Nos ha confiado muchos detalles sobre esta materialización de la tarea, que, según él, proporcionaba al escritor una ayuda preciosa. Tenía por importantes aliados las tijeras y el bote de goma, siempre a mano en su mesa de trabajo, que le permitían evitar cortes y tachaduras que deshonran las páginas. Cuando, al releer un manuscrito, no encontraba algo a su gusto, cortaba cuidadosamente el trozo de papel donde estaba el pasaje que quería hacer desaparecer, y un papel de las dimensiones exactas del cortado venía a cubrir las líneas suprimidas, con lo cual se tenía la ventaja de que quedaba el texto condenado dispuesto a admitir al texto nuevo.

* * *

La paciencia entraba por mucho en su método de trabajo. El mismo ha dicho que el hombre no tenía a su disposición para alcanzar sus fines más que dos caminos: el de la violencia o el de la continuidad en el esfuerzo. El elegía deliberadamente el segundo, pues creía más en la eficacia de las humildes tareas acumuladas que en la presión rápida sobre las cosas. Esta sumisión a la humildad del trabajo de cada día debía, según el escritor, llevarse hasta la esclavitud voluntaria y hasta una especie de ceguera en la puntualidad. Así expresa su pensamiento, dándole un tono paradójico, cuando escribe: «Si mi tarea fuera vacilar y volver a lle-

nar un reloj de arena, me dedicaría a ella con una paciencia inagotable y una conciencia meticulosa.» Regularidad del hombre en su tarea, fidelidad de la naturaleza a sus ritmos. La alternancia puntual de las estaciones, la vuelta a fecha fija de los mismos aspectos de la faz de la tierra, es, piensa él, una de las fuentes profundas de la felicidad humana, de esa especie de quietud pacífica que expresa por una de sus palabras favoritas, la palabra «Behagen». La lasitud, la impaciencia ante el retorno inmutable de las estaciones, es signo, en el hombre, de una alteración del sentido mismo de la vida: aquel ser a quien la inmutabilidad de la naturaleza le irrita en lugar de aplacarle, está maduro para el suicidio.

* * *

En este gusto por el orden, por la regularidad, por la acumulación, hay un rasgo burgués; rasgo que el mismo Goethe ha reconocido sin dificultad. La palabra «burgués» no era a sus ojos ninguna ofensa. Lejos de ver una antinomia entre el don poético y las virtudes burguesas, esas virtudes que nos aparecen doradas por una bella luz de estío en *Hermann y Dorotea*, escribe sin dudar que en el curso de los siglos «todos los grandes artistas y todos los grandes poetas han nacido de entre las clases medias».

En Carlsbad—escribe—, alguien dijo de mí que yo era un poeta ordenado y calmoso, queriendo indicar sin duda que hasta en la creación poética yo era un hombre burguesamente razonable. Unos han visto en esto un elogio y otros una crítica. Por mi parte, nada puedo decir, porque esa afirmación expresa justamente lo que constituye mi yo, y en esto el juicio tiene que venir de los demás.»

Ese término de «burgués» para caracterizar su temperamento lo encontramos en otros sitios, y esta vez por la pluma de un alemán a quien su propia naturaleza sitúa como antípoda de Goethe: se trata de Novalis. En un pasaje muy notable, el poeta del claroscuro señala el alejamiento, la especie de horror que le causa el Wilhelm Meister; su limpieza, su claridad de líneas. Ve allí

«la muerte del romanticismo, de la poesía, de la naturaleza, de lo maravilloso». Toda la novela se desarrolla en el plano de la actividad material del hombre, en el plano de lo «económico». El misticismo ha desaparecido. La novela no es más que «una historia burguesa y casera poetizada». «Goethe es un poeta esencialmente práctico. Es en sus escritos lo que los ingleses en sus manufacturas: bello, cómodo, duradero».

«Confortable» es la palabra que no puede evitar Novalis cuando habla de Goethe, cuya obra poética no la estima más que por su «acabado», por ser «confortable» en su conjunto, mientras que él (Novalis) se complace en todo lo contrario: en lo inacabado, lo indefinido, la prolongación interior. Goethe le aparece como el poeta de los seres humanos medios, elevando lo cotidiano a la poesía, apoderándose de lo insignificante y haciéndolo brillar por la calidad literaria que le confiere.

Novalis se acerca en esto al juicio formado por un compañero de juventud de Goethe, que ejerció sobre él gran influencia por la justeza de su espíritu. Merck opinaba sobre el genio de su amigo algo que siempre se grabó en él: «Tu tendencia es la de poetizar lo real, mientras que otros buscan realizar lo poético, lo cual no conduce más que a hacer tonterías.»

* * *

Goethe era «burgués» quizá en otro sentido menos literario, mas «literal». Por ejemplo, en lo que se refiere a sus honorarios de autor. Siguiendo, por otra parte, a un gran número de poetas, y de los más grandes, en los que el genio iba emparejado a la administración, Goethe, en la defensa de sus intereses, en sus contratos con sus editores, veía las cosas de muy cerca. Su punto de vista no era, ciertamente, el de Sirius.

Gustaba de lo que él llamaba una «existencia un poco larga» y confortable, y tenía ya en Weimar cuatro sirvientes. Este tren de vida confortable no podía permitírselo sólo con la asignación que le pasaba puntualmente el duque Carlos Augusto. Era nece-

sario acudir a otros recursos: la lotería, por ejemplo, a la que jugaba siempre, y, sobre todo, a los honorarios de los editores. *Hermann y Dorotea,* publicado por la casa Vieweg, le proporcionó mil thalers de oro; suma inusitada para la época y que a sus contemporáneos Humboldt y Schiller les pareció «monstruosa».

Se muestra más y más exigente a medida que se asegura su principado literario. Hasta tal punto era así, que Schiller se cree en el deber de advertir a su compatriota Cotta contra la enormidad de las pretensiones de Goethe. Espectáculo paradójico: un poeta defiende los intereses de un editor contra otro poeta que es su amigo.

* * *

¿Hemos dado a lo largo de estas líneas una idea de la disciplina que se impuso Goethe? Esta vida, que se representa tan falsamente como desarrollada sin esfuerzo, en la facilidad, avanzando como un navío con el velamen hinchado a favor de los dioses, fué en realidad una larga lucha, una lucha que comenzó pronto. Las primeras anotaciones de su «Diario» nos permiten darnos una idea de su inflexibilidad de combatiente. El 25 de julio de 1779: «Lucho contra el ángel desconocido, a riesgo de desarticularme; nadie conoce los enemigos que tengo que vencer para producir lo poco que produzco.» Quince años más tarde: «Cuán poco orden y cuán poca continuidad hay en mi acción, en mi pensamiento, en mi creación poética. Cuán pocos días he aprovechado verdaderamente. Que Dios se digne concederme su ayuda, darme bastante luz para que no sea yo mi propio obstáculo en mi camino.» Al año siguiente, el 31 de marzo, estas líneas latinas: «Nemo coronatur nisi qui certaverit ante.»

Podríamos multiplicar las citas. Es destino de algunos hombres ser señalados por un epíteto que falsea sus rasgos al simplificarlos. Ninguna ha contribuído a falsear más la faz de Goethe que el epíteto-clisé de olímpico.

EL MATRIARCADO Y SU PERMANENCIA

Por JUAN DOMINGUEZ BERRUETA

El feminismo es la moneda falsa de la feminidad. Y la feminidad en la madre, es el elemento básico de la familia. Aparte del aspecto moral, en que el fundamento esencial es lo religioso.

«Dote fisiológico de la especie», ha llamado Ramón y Cajal al reposo físico e intelectual que debe gozar la mujer en el hogar familiar. Todo cuanto desgaste las energías naturales de la mujer —añadía el mismo hombre de ciencia— en trabajos, preocupaciones políticas, etc., «producirá tarde o temprano la degeneración de la raza».

El pueblo griego apartaba a la mujer de toda intervención en la vida pública. Y no por ello se resintió, ciertamente, la cultura ni la formación de un tipo clásico de bella feminidad.

Ganivet confesaba que «encontraba preferible la mujer de

puertas adentro a la señora de salón», que tenía sus raíces en el espíritu revolucionario francés, y entre sus hijuelas, el «feminismo».

Es un fenómeno social que preocupa a los moralistas, como a los fisiólogos, el desasosiego, el descontento íntimo de la mujer moderna, resultado del problema infrasíquico de la represión del sentimiento maternal. Y aparece, como reacción biológica, el feminismo cosmopolita, que trata de borrar las barreras naturales que diferencian a los sexos.

Se «masculiniza» la mujer para aparecer como un ser igual al hombre en sus mismas aficiones, costumbres, gestos y maneras. El femenismo tiende a la nivelación de sexos, empezando en la coeducación de la juventud. La mujer feminista se esclaviza cada día más, imaginando que se liberta.

Porque lo que liberta en la sociedad humana es lo que individualiza. Y el feminismo es socialización.

Una ilustre escritora italiana, Matilde Serao, ha tratado del «descorazonamiento infinito» que en el fondo de su vida interior sienten las mujeres que, renunciando a las virtudes familiares, han creído encontrar la libertad. «Están desencantadas. Y nadie admira su embellecimiento artificial».

Es un hecho que tratando de borrar, con la nivelación, las diferencias entre los dos sexos, se contraría la atracción natural, instintiva, que precisamente está basada en la oposición de caracteres.

Y es un signo de decadencia en las razas cuando aparece como tipo de atracción el masculino, como ocurre en las civilizaciones primitivas. Es un caso de asimilación hacia el reino animal, donde el representante masculino se adorna, naturalmente, con sus melenas, como el león: con las gallardías de su plumaje y de su canto, como el gallo; y en general, las

aves y los insectos, con sus colores y sonidos, que ostentan como distintivo de masculinidad.

El culto a lo eterno femenino es revelador de una verdadera cultura. Es cuando la mujer ejerce, por el secreto de su feminidad recatada, una atracción, que pierde por completo, cuando quiere asemejarse al hombre en sus ademanes varoniles.

En Esparta, le dijeron a la mujer de Leónidas: «¿Cómo sólo vosotras las espartanas sabéis dominar a los hombres?» «Es que sólo nosotras damos a luz hombres», respondió.

Engendrar hombres. Ante esa dignidad, ¿qué significa el tipo feminista, que se reduce a imitar hombres?

* * *

Entendamos bien que no debe confundirse ese tipo que llamamos «feminista», por su ideología equivocada y su vida de artificio, con el ejemplar femenino de recto sentido y recatado vivir, que por las circunstancias de la época tiene que ganarse su vida y cooperar a la subsistencia de la familia a que permanece unida, desempeñando una profesión, un empleo de los que en tiempos normales sólo daban ocupación a los hombres.

Sólo respeto y consideración merece esa representación la juventud femenina, que sobrelleva con dignidad y con abnegación el ganarse la vida, fuera de las labores propias de su sexo, de puertas adentro de su hogar.

El feminismo no está en la materialidad de las faenas, sino en el espíritu de quienes las realizan. Es más: donde prefiere manifestarse no es en los centros de trabajo, sino en los de disipación y de espectáculo.

Feminismo, en su estricto sentido, es, en una palabra, lo que significa una negación deliberada y voluntaria de todo lazo familiar, como de cosa anticuada y primitiva, y como un divorcio laico, «a priori», adversario anticipado y latente de todo matrimonio cristiano.

Esto tiene sus causas hondas y universales de origen social. El escritor español Ortega y Gasset, nada tradicionalista, trató ya certeramente, en uno de sus «ensayos», en 1930, de lo que llamaba la «socialización del hombre».

«Desde mediados del siglo XIX —afirmaba— la existencia privada, cerrada al público, al gentío, va siendo cada vez más difícil. Sobre todo —añadía—, el castillo de la familia.» La vida de la familia, sociedad hacia adentro, queda reducida al mínimum.

La divinidad de lo colectivo está ya causando estragos en Europa. Se vuelve a los tiempos paganos de Grecia y Roma, en que no se concedía libertad a la persona para vivir vida individual.

El «feminismo», llamado así por antifrasis, es antifeminidad, que se aparta de la vida de familia y piensa «vivir su vida», como dicen, socializándose, saliéndose de sí misma.

Es indispensable tratar de restaurar la vida de familia, evitando por todos los medios que sea reducida al mínimum. Basta pensar, para no caer en el pesimismo desalentador, que tiene una base connatural y permanente con el origen y con la historia de la humanidad, que se transmite de generación en generación.

Lo que constituye la familia, aun en las civilizaciones primitivas, y en los pueblos paganos es la religión del hogar y el culto a los antepasados. La palabra griega que designaba la

familia significa literalmente: «lo que está cerca del hogar». Donde estaba el fuego consagrado a la divinidad.

Basta conocer la monumental *Historia comparada de las religiones*, del profesor de la Universidad de Viena Guillermo Schmidt, primera autoridad en esta materia, para convencerse de que el «fenómeno religioso» o como lo quieran llamar, no es cosa que tan fácilmente desaparezca en un país o del mundo, como una de tantas concepciones humanas, que hoy son y mañana ya no existen.

Y mientras haya espíritu religioso en un pueblo, mucho más espíritu cristiano, la familia que está vinculada a ello, no puede desaparecer.

* * *

Creemos defender la existencia de la familia poniendo de relieve el peligro que supone para ella la desaparición de la «feminidad» en la mujer, oponiéndonos, sobre todo, a que en la novela llamativa, que difunden tantas editoriales, y en el cinema sensacional, que llega a todos los públicos, se ensalce y se idealice ese tipo antifemenino de mujer que «vive su vida», socializada.

Que se ensalce y se idealice, en cambio, aquel tipo de feminidad de la Edad Media, al que se rendía culto de verdadera «cortesía» que hoy, por desgracia, va desapareciendo de la vida sòcial. Y aquella «mesura», que no era afeminamiento, pues el Cid «habló bien y tan mesurado», dice el Poema.

Virtudes sociales que honraban tanto a la mujer como el hombre y que han sido, hasta nuestra generación, anterior a la actual, características de la familia cristiana y española.

«Porque la familia es el elemento orgánico de la sociedad,

todo atentado contra ella es un atentado contra la Humanidad», ha dicho el Papa Pío XII a los representantes de 12 naciones que trabajan por la «Unión de la familia».

Y ha afirmado el Papa que es necesario «una política de altos vuelos que vacíe las casas de vecinos y cree hogares familiares».

La familia desaparece para convertirse en casa de vecindad.

«Vivienda», en nuestro castellano antiguo, significaba «modo humano de vivir», vida de familia, vida privada, vida de hogar.

Hoy todo se quiere convertir en vida pública, vida colectiva.

Las gentes de la postguerra se lanzan como enajenadas a la disipación de los espectáculos, a la vida social, como si no tuviera valor alguno el vivir sosegado y tranquilo de familia.

«Toda la desgracia de los hombres —llegó a afirmar Pascal— viene de una sola cosa: de no saber permanecer en reposo en su aposento.»

Así se explica el afán de «divertirse», de «alterarse», de salir fuera de sí mismo.

Más vida de hogar, dentro de sí mismo, es hacer más vida de humanidad.

* * *

El pasado año se celebró en París un Congreso de la Liga Femenina de Acción Católica, en el que dos millones de mujeres se pronunciaron en favor del hogar, para trabajar en él, en lugar de la fábrica o el taller.

Sería volver a crear el tipo «artesano», verdadero artista, con personalidad, imposible en la labor colectiva.

La salvación de la vida indivdual, de la «persona», sobre la colectiva, de la «gente».

Saavedra Fajardo hablaba del espíritu altivo y glorioso de nuestra «artesanía». Espíritu de «señorío», en hogar, por modesto que fuera.

LOS PRIMEROS LIBROS DEL MUNDO

Por JULIO ANGULO

No necesitó inventarse la imprenta —con su trascendental importancia— para que se escribiesen libros, con mucha anterioridad también a los que conocemos como incunables. Los antiguos egipcios, asirios y babilonios escribían sus libros, tan diferentes, eso sí, a los nuestros de hoy, que cuesta trabajo llamarlos libros. En la actualidad, los libros son, poco más o menos, iguales en todos los países; pero en los primeros tiempos de la Historia las cosas sucedían de muy distinta manera. Los escribas egipcios empleaban para hacer sus volúmenes rollos de papiros; los asirios, tabletas de barro cocido; los indios, hojas de palmera. Decir cuál de estas formas es la más antigua resultaría imposible.

Los primeros libros que se conocen son los de Babilonia,

hechos en arcilla; pero el que más divulgación tuvo en aquellos tiempos el papiro egipcio, por haberse empleado en el país del Nilo desde los comienzos de su período histórico. Era una especie de papel hecho con la planta del mismo nombre por medio de la presión mecánica y de un encolado especial. Se le daba la forma de tiras de cuarenta centímetros de anchura y de una longitud variable, y se escribían sobre ellas varias columnas separadas por espacios verticales en blanco; de modo que lo que allí resultaba podía compararse con las páginas de un libro moderno, puestas una junto a otra.

Con esta disposición de las hojas se comprende que la manera más práctica de leer estas tiras era desenrollándolas por un lado y volviéndolas a enrollar a medida que se iban leyendo las columnas. Las tiras de papiro que formaban una obra se guardaban dobladas dentro de una caja.

Esta forma de libro era indudablemente la más cómoda y la más práctica; por eso fué adoptada por los griegos, los romanos y los hebreos, con la diferencia de que estos pueblos empleaban el pergamino en lugar del papiro. Los asirios y babilonios también hicieron uso de ella, pues en sus monumentos aparecen pintados los escribas redactando sus pensamientos en rollos de un material flexible; pero las condiciones climatológicas de Mesopotamia, muy diferentes a las de Egipto, hicieron que no hayan llegado a nosotros documentos de este género.

Mucho más vulgarizado que el papiro, estaba en Asiria y Babilonia el de las tabletas de barro cocido, de las que se han descubierto muchos millares en las ruinas de Nínive y Nippar. La colección más importante es la que encontró Henry-Layard, al hacer excavaciones en el palacio del rey Assurbanipal. Allí había una verdadera biblioteca, con infi-

nidad de obras históricas y religiosas, incluyendo las narraciones de la creación y del diluvio, y algunas facturas y contratos.

Aquellas tabletas parecían ladrillos de un centímetro de anchura por centímetro y medio de longitud. Un determinado número de ellas formaba un libro; pero no había medio de tenerlas reunidas, y lo que se hacía era apilarlas en los estantes; para ayudar al lector, al pie de cada tableta iban las primeras letras de la siguiente, como se hacía en las primeras páginas de nuestros libros hasta hace menos de un siglo. La escritura se hacía por medio de un punzón curvo y afilado, mientras el barro estaba fresco todavía; luego se llevaban las tabletas a un horno, o se dejaban simplemente al sol hasta que se secaban.

Asirios y babilonios tenían otro género de libros de arcilla, pero no en forma de tabletas, sino de prismas y cilindros de medio metro. El material de que estaban hechos motivaba el que fuesen muy pesados; sin embargo, se leían cómodamente, porque estaban perforados en el centro de arriba a abajo, y giraban alrededor de un eje, como si fuesen facistotol o libro de una pieza. A veces el eje era horizontal y el libro daba vueltas a manera de un bombo de la lotería.

Si proseguimos nuestra marcha hacia Oriente, en la India encontramos una forma de libro, usada para las obras sagradas de los budistas. Consiste en trozos de hoja de palmera, todos del mismo tamaño, y con unos agujeros en los extremos por los cuales pasan dos cordones, de modo que un libro de éstos ofrece cierto parecido con las persianas de los balcones de principios de siglo. Más tarde, los indios han usado con el mismo fin madera y oro, y en el Tibet se ven todavía libros hechos con esta especie de papel.

El último tipo de libro primitivo es el que empleaban los aztecas en Méjico, y que aún usan los salvajes del interior de Sumatra. Es, como el papiro egipcio, una larga tira, que en lugar de tenerla enrollada se dobla muchas veces, a la manera de los álbumes de vistas. Emplean para fabricarlo tiras muy finas de corteza de árbol y encuadernan el libro en tapas de madera que se cierran por medio de una cinta de piel de serpiente.

Los asirios, los babilonios y los etíopes escribían como nosotros, de izquierda a derecha, mientras los árabes y los persas lo hacían en sentido contrario. Para que el lector supiera en qué sentido tenía que seguir la lectura, el escriba ponía las figuras de los hombres y de los animales mirando en la dirección que había de leerse.

Cuatro mil quinientos años cumple el libro ahora; cuarenta y cinco siglos que lleva el hombre preocupado con la lectura y perfeccionando cada día el arte del libro hasta llegar a las maravillosas ediciones de nuestros días, en que el lujo ha entrado en la ornamentación de los textos.

HECHOS

EL JEFE DEL ESTADO DOCTOR "HONORIS CAUSA" DE COIMBRA

El viaje reciente de Su Excelencia el Generalísimo Franco por tierras de Portugal ha sido pródigo en motivos de comentario y de fervor. La amistad luso-española, uno de los hechos más trascendentales de la moderna historia del mundo, tuvo ocasión de mostrarse expresivamente. En la cadena de jornadas triunfales vividas por el Jefe del Estado español en Portugal hay una que, en el ámbito de la cultura y del espíritu, tiene una poderosa trascendencia: la del nombramiento de doctor «honoris causa» por la Universidad de Coimbra a favor de Franco. Tuvo aquel acto una solemne emoción, una línea hidalga y tradicional de la mejor estirpe. Toda la vieja magnificencia de los antiguos ritos universitarios reflorecía en honor del Caudillo. Era, en nuestra vida apresurada y mecanizada de hoy, un latido de otro tiempo, un hecho de la más profunda significación espiritual.

Guarda Coimbra amorosamente sus gloriosas esencias universitarias. Lo que en otros países y en otras Universidades se ha perdido ya, bajo el impulso nivelador de la existencia contemporánea, allí se conserva con su noble prestancia antigua. El recuerdo

de los nombres insignes que un día unieron su vida a la de la Universidad se mantiene fervorosamente en aquellas aulas. Ahora, con ocasión de la visita del Generalísimo español, el viejo centro, depositario de la mejor tradición cultural portuguesa, ha puesto su máximo amor en la ceremonia y en la trascendencia del acto de recepción de nuestro Caudillo. Era una corporación del espíritu recibiendo a un hombre de armas. La vieja hermandad de las armas y las letras afirmaba su eterna presencia. Esta vez era, especialmente el Derecho el que hacía unir su voz junto a todo lo que evocaba la figura de uno de los mejores soldados de todos los tiempos. Daba esto una excepcional significación al hecho de que el Jefe del Estado español recibiese en Coimbra la investidura de doctor «honoris causa». En aquella ciudad el Derecho tuvo siempre jerarquía de culto. Y eran ahora hombres de Derecho, existencias entregadas afanosamente a las tareas del espíritu, quienes llamaban junto a sí a Franco. Sobre la belleza y la gracia de la ceremonia, sobre todo el esplendor ritual de una tradición mantenida amorosamente, brillaba el valor simbólico del homenaje que unos hombres de Derecho hacían a un hombre de armas.

«Consagración académica de su genio de militar y de estadista».

Uno de los más ilustres catedráticos de la Universidad coimbricense, el doctor don Guillermo Braga da Cruz, hizo el panegírico del Jefe del Estado español. «Esta ceremonia —dijo en el comienzo de su discurso— es, sin duda, la más rica en simbolismo de cuantas se han realizado a lo largo de siglos dentro de las paredes históricas de esta sala, y la más significativa, en su sencillez, de cuantos homenajes Portugal podía prestar en este momento a su ilustre visitante; la más rica de simbolismo, porque con ella se representa la dignificación de un hombre que mereció por su vida y por su obra la corona de laurel de la Ciencia, y, más que esto, representa también la exaltación de la cultura de un pueblo por

la entrega de la borla doctoral al más auténtico y más ilustre de sus representantes.»

Reiteró expresivamente el sabio profesor portugués el sentido del homenaje de Coimbra a la figura del Jefe del Estado español. Dijo que era «el más significativo como homenaje personal en la medida que representa, por encima de todas las consideraciones de orden político, la consagración académica de su genio de militar y de estadista, el supremo reconocimiento de sus méritos y virtudes y el premio más expresivo de una vida ofrecida enteramente al ideal de la paz y la justicia».

Como era natural, Coimbra, a través de sus prestigiosos representantes en el acto de la investidura, vió en Franco simbolizado el espíritu de España. El hecho hispanoportugués tiene ya una fuerte dimensión histórica. «En este nuevo lazo —fueron también palabras del doctor Braga da Cruz— de fraternidad espiritual que así se establece entre la Universidad portuguesa y el Jefe de la nación hermana va implícita la afirmación plena de que la amistad lusoespañola es algo más puro, más alto, más profundamente enraizado que un simple arreglo de Cancillería, dictado por consideraciones de oportunismo histórico; va la afirmación plena de que la amistad peninsular se sitúa íntegramente en el campo del espíritu, siendo una comunión de ideales y sentimientos y de creencia dictada por el paralelismo de civilización y cultura de los dos pueblos y por identidad de sus destinos históricos.»

El sentido del deber en la vida de Franco.

El magnífico arco de la vida de Franco fué descrito sintética y apasionadamente por el profesor portugués, que supo ver en todas las horas de la existencia del Caudillo el cumplimiento de un destino providencial. «Los designios de un destino que parece haber sido providencialmente trazado elevaron a este hombre, con poco más de cuarenta años, a Generalísimo de un Ejército y a Jefe de una gran nación. Y ¿cómo fué que el hombre encaró los designios del Destino? Colocando siempre en la vida, y por enci-

ma de todo, su brío de militar; es decir, encarando la propia vida con el cumplimiento permanente de un deber y respondiendo siempre «Presente», sin ambiciones pero sin miedo, a cada llamamiento que la vida le dirigió.»

Este sentido riguroso del deber fué subrayado repetida y expresivamente por el doctor Braga da Cruz. «En todos los momentos decisivos de su carrera, desde simple cadete a Jefe de Estado, Franco es siempre el militar brioso que de la vida nada pide ni ambiciona, pero que nunca se niega a dar a la vida todo lo que ella le exige, por grandes que sean los sacrificios y las responsabilidades que le reporten y pesen sobre sus hombros. Encarando militarmente la vida como el cumplimiento de un deber, Franco desprecia siempre las dignidades del mundo, y cuando el mundo se las concede, como premio a su valor y a sus hazañas heroicas, nunca las recibe con el orgullo del triunfador, sino únicamente con el pensamiento de corresponder en la mejor forma a los nuevos deberes, a los nuevos encargos, a las nuevas responsabilidades que le trae cada peldaño que la vida le manda subir en la escala del triunfo.»

La espada al servicio de la Justicia.

Franco combatió por la Ley escarnecida, por la fe ofendida, por la civilización en trance de pérdida. No existía el Derecho cuando la espada de Franco inició el rescate de la Patria. Los españoles sabemos bien lo que fueron las jornadas precursoras del Alzamiento Nacional. Sólo el triunfo de éste trajo el restablecimiento de una justicia tantas veces quebrantada. Luchó Franco no por apetitos de conquista ni por codicias materiales, sino por principios de orden moral y espiritual. Al combatir por España, combatía también por causas que eran del mundo entero. No luchó para sojuzgar a otros pueblos, para ensanchar fronteras, para acumular bienes. Luchó para restablecer una paz maltratada y ofendida gravemente, para volver la vida española a su norma de serenidad y de justicia. Este sentido de la Cruzada de Franco fué

especial y rotundamente subrayado por el catedrático portugués al solicitar del claustro de Coimbra, en momentos de un solemne silencio, el otorgamiento del grado de doctor «honoris causa». «Francisco Franco Bahamonde —dijo—, Generalísimo y Jefe del Estado español, se presenta para serle concedido el grado de Doctor en Ciencias jurídicas. Es justo que no le sea negado, pues él es el ilustre militar cuya espada nunca fué erguida sino al servicio de la Justicia; que nunca hizo la guerra sino al servicio de la paz; que nunca utilizó la fuerza de sus ejércitos sino al servicio del Derecho. Os pido, en nombre de mi Facultad, que me delegó tan honroso encargo, que le entreguéis las insignias que tan sobradamente ha demostrado merecer.»

«Franco, extremo defensor de una civilización que es la razón de ser de nuestra existencia».

Padrino de nuestro Generalísimo fué en la ceremonia el Cardenal Patriarca de Lisboa, doctor Gonçalves Cerejeira. El panegírico de éste fué hecho, conforme a la tradición universitaria, por el también catedrático de Derecho don Eduardo Henriques Correia da Silva.

Más tarde, acabada la ceremonia, se celebró el banquete del doctoramiento, ofrecido a Su Excelencia por el Rector de la Universidad, doctor don Maximiliano Correia. «En la larga serie de doctores —dijo— que dieron vida y alma a nuestra Universidad ingresa ahora el Generalísimo por derecho propio, extremo defensor de una civilización que es la razón de ser de nuestra existencia.»

Fué, después, la voz del Caudillo español la que, al agradecer la hermosa distinción de que se le hacía objeto, glosaba conceptos jurídicos lógicamente derivados del trascendental acto que se celebraba. «No es posible —afirmó Franco— que miremos impasibles el que el Derecho creado por nuestros teólogos y nuestros juristas en la paz de la Universidad y en la meditación de los claustros,

asentado sobre los principios de la verdadera filosofía, lo veamos hoy mancillado, maltrecho, y aun escarnecido, presidir las relaciones entre los pueblos. Cuando al empuje del pensamiento cristiano, hace más de un siglo, se abolieron totalmente la esclavitud, las penas corporales, las crueles y aflictivas, y la infamia y el estigma para las familias o para los pueblos en las sociedades civilizadas, nadie podía pensar que en los tiempos actuales las viésemos establecidas en el área comunista como arma normal para el sojuzgamiento de los pueblos. Hay que volver por los fueros del Derecho de gentes, conculcado; del Derecho internacional, escarnecido; que salga de las Universidades la condenación moral de cuantos lo mancillan, y, ante los nuevos medios de aniquilar seres inocentes, se unan las voces de la Iglesia y de la Universidad en un mismo espíritu de humanizar la guerra y de limitar sus estragos.»

Franco, incorporado, «honoris causa», al claustro insigne de los doctores por la Universidad de Coimbra, es un símbolo de la más bella trascendencia espiritual: es la espada al servicio de la razón, el denuedo y la vida en defensa de una justicia humana y cristiana. El espíritu y el derecho, esencias fundamentales y tradicionales de nuestro occidental concepto de la vida, necesitan ser defendidos a veces con riesgo y sacrificio. Esto fué lo que Franco hizo. Así lo ha proclamado ahora, gallardamente, esta Universidad lusitana, uno de los focos intelectuales que alumbran al pensamiento del mundo con más serena, antigua y noble luz.

SE INAUGURA EL NUEVO CURSO ACADEMICO

Don José María Fernández-Ladreda y su discurso de apertura en la Universidad Central

La vida universitaria española ha inaugurado un nuevo curso. Una nueva promoción de estudiantes —la décima desde que la guerra española acabó— ha ingresado en las aulas. En la solemnidad académica, tras los discursos y la ceremonia rituales, la voz del Ministro de Educación dijo las palabras clásicas:

«En nombre del Jefe del Estado, queda abierto el curso 1949-1950.»

Se inició así el nuevo año universitario, que viene, en cuanto a su espíritu, a continuar la tradición española y trabajadora de nuestros centros de enseñanza superior. La Universidad española está hoy en su cauce justo, entregada sólo a sus tareas propias, a sus específicos fines culturales. Quedó lejos ya el tiempo en que vientos de doctrinas que iban contra las esencias mismas de la Patria entraban en las aulas y sembraban dispersión y confusión en las juveniles promociones. Un alma nueva, un alma que se enlaza con la mejor línea tradicional universitaria, inspira la labor de

profesores y discípulos. No están el mundo y la vida para ligerezas, y el maestro y el estudiante saben que sólo un esfuerzo perseverante y una vocación de servicio a España pueden ser garantía de la propia existencia.

Este año faltan en nuestra Universidad Central, por muerte, dos ilustres profesores: D. Antonio Ballesteros y D. Rogelio Massip. Por jubilación faltan otros varios: D. Sixto Cámara, D. Luis Lozano, D. Antonio de la Torre, D. Eloy Bullón, D. Antonio Piga, D. José María Zumalacárregui. Llegan ahora, en cambio, a las aulas madrileñas otros nombres: D. Luis Lozano Calvo, D. Francisco Morán Samaniego, D. Eduardo Balguerías Quesada, D. Carlos Luis de Cuenca, D. Anselmo Rodríguez Marín, D. Bermudo Meléndez, D. Pedro Abellanas y Cebolledo y D. Francisco Javier Conde García. Ausencias y relevos señalan, con el ritmo ininterrumpido de la vida, el pulso de nuestra existencia universitaria, que se ofrece hoy abierta a las esperanzas mejores y a los más fundados optimismos.

Colaboración entre la Universidad y las Escuelas de Ingenieros.

El discurso académico de apertura de curso fué pronunciado este año por D. José María Fernández-Ladreda, catedrático de la Facultad de Ciencias, Ministro de Obras Públicas. Por esta última razón está en situación de «excedente forzoso», mas, a pesar de ello, desempeña normalmente su cátedra (sin remuneración, por aquella excedencia forzosa). Habló D. José María Fernández-Ladreda acerca de «El doctorado en Química industrial y la formación de los químicos para la Industria».

España y el mundo viven un momento de industrialización vigorosa. Necesita nuestro país intensificar la formación de investigadores y técnicos industriales, y a esta preocupación ha respondido el discurso inaugural del curso universitario. El profesor Fernández-Ladreda ha estudiado en él certeramente el doble aspecto —lo

puro y lo aplicado, el laboratorio y la técnica, la investigación y la práctica— de la enseñanza de la Química en relación con la vida industrial. Queremos recoger en nuestras páginas algunos de los aspectos fundamentales del interesante trabajo del ilustre profesor.

«A la Universidad —ha dicho el Sr. Fernández-Ladreda— corresponde ejercer papel preponderante en la formación de los técnicos destinados a las industrias químicas; por el contrario, para la mayoría de las otras ramas de la técnica, la preparación de los cuadros superiores debe correr a cargo de las Escuelas de Ingenieros, con frecuencia más especializadas que nuestras Facultades de Ciencias. La razón principal se halla en que la formación a las disciplinas de laboratorio, síntesis, análisis, contrastes físico-químicos, exige que el profesorado lo constituyan hombres de laboratorio. La evolución constante y cada vez más rápida de las concepciones y técnicas de la Química, exige del personal pedagógico una participación activa a ella. Este personal debe, por tanto, estar constituído en su mayor parte por investigadores científicos, los cuales casi en su totalidad pertenecen a la Universidad o trabajan en los laboratorios universitarios de investigación. La inteligencia y colaboración entre la Universidad y las Escuelas de Ingenieros en la formación de los químicos industriales es sumamente deseable y aportaría determinadas garantías, de las cuales serían las principales una sólida formación a los métodos de laboratorio y un mejor conocimiento de los problemas actuales de la Química.»

Limitación en el número de alumnos.

Es partidario el profesor Fernández-Ladreda, en el doctorado de Química Industrial, de un examen de ingreso, que él desearía ver establecido para las Facultades de Ciencias. Es partidario también de la limitación del número de alumnos, que él estima urgente y muy acertada, juzgando es indispensable establecerla en las Facultades de Ciencias. Expone el autor las razones que tiene

INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA - BIBLIOTECA

para tal criterio: «Primeramente, un número crecido de alumnos es un obstáculo al desarrollo de la formación práctica, primordial en la enseñanza de la Química. De otra parte, las promociones numerosas tienen el inconveniente del anonimato, acentuado por la forma dogmática de nuestra enseñanza; en él los estudiantes pasan los años de carrera, con excepción de algunos famosos por su ignorancia, o de algunos sobresalientes que se señalan a la atención de todos. Los alumnos son confiados a sí mismos, sin nadie que les guíe ni les aconseje, teniendo por único Angel de la Guarda sus facultades morales, que de tiempo en tiempo les llaman al orden para incitarles a realizar un esfuerzo suplementario. Algunos sostienen que desde el punto de vista estrictamente personal tal método ofrece la ventaja de acostumbrar al alumno a sentirse responsable de sus actos; nosotros creemos que, aun admitido sea así, presenta para la industria el grave inconveniente de ser impotente a descubrir y a desarrollar en ellos las cualidades de jefe.»

Estrategia y táctica en la vida industrial.

«Considerada como una entidad, la estrategia, obra sobre todo de la inteligencia, sería incapaz de realizar sus fines si ella no se apoyara sobre fuerzas materiales, sobre la táctica. ¿Qué es la táctica? Si la estrategia es un arte, la táctica militar es ciencia. Es, efectivamente, la ciencia que consiste en conducir las diferentes armas sobre el campo de batalla y triunfar del enemigo por la potencia del fuego. Mientras que la estrategia descansa sobre leyes eternas, inmutables en el tiempo y en el espacio, puesto que son igualmente útiles para todos los pueblos, la táctica, por el contrario, es contingente. No persigue, en efecto, una ascensión perpetua, puesto que toma de la ciencia, en progresión indefinida, sus adquisiciones y sus medios de acción. Sin duda, hay tantas tácticas particulares como estrategias particulares, pero en una gran fábrica la táctica industrial, por la importancia de los inmuebles y del material y por la calidad del personal que moviliza, aventaja

a las otras tácticas: táctica financiera, publicitaria, etc. Esta afirmación no debe traducirse en un desconocimiento de la importancia de estas últimas tácticas; así como en un organismo sociológico o biológico están ligadas todas las manifestaciones de la vida, al igual en las tácticas, el fin o la deficiencia de una arrastra la decadencia del organismo entero. Cada vez que hay competencia y lucha, y en cualquier dominio que sea, los medios estratégicos y tácticos deben ser puestos en ejecución. No sería, pues, posible, sin quebranto, aislar estas dos disciplinas, porque si la estrategia quisiera ignorar la táctica, la táctica arruinaría a la estrategia. La batalla de conjunto ganada por el estratega sobre el mapa, se perdería por el táctico en su materialización concreta sobre el campo.»

Enseñanza de las Ciencias económicas.

«... No es admisible que el doctorado en Química industrial no contenga en sus programas la enseñanza de las ciencias económicas, sin cuyo conocimiento no puede en la actualidad ocuparse puesto de alguna responsabilidad en una empresa industrial. Al hablar de ciencias económicas nos referimos a la economía política, la historia y la geografía económica, la organización científica del trabajo y la contabilidad. Y conste que no pretendemos un estudio profundo de la materia, ni tampoco una elemental vulgarización, sino el justo medio que abra perspectivas al alumno, que le dé a conocer la existencia de teorías y de leyes económicas fundadas sobre las realidades, cómo han variado las políticas de las grandes naciones industriales, lo que ha sido la revolución industrial del siglo XIX, los grandes problemas de los transportes y de las fuentes de materias primas, haciéndoles así comprender mejor la posición de España, sus inferioridades y sus riquezas naturales, y las necesidades y las posibilidades de su propio esfuerzo. Debe ofrecer la organización científica del trabajo una materia atrayente a los cerebros jóvenes formados a las disciplinas del silogismo y del determinismo. La observación científica, el método deductivo, encuen-

tran un vasto campo de aplicación en el estudio de esta ciencia, que es tan invasora que, bien pronto, no podrá pretender un título técnico para la industria quien la ignore. Por último, la contabilidad debe cesar de permanecer siendo una ciencia abstracta, ingrata, cuyas leyes mecánicas y herméticas no pueden ser manejadas más que por contables, para fines que dependan de necesidades puramente legales o fiscales. Hacer comprender que la contabilidad no es más que el medio cómodo de traducir por cifras las operaciones de la empresa, que es tan natural servirse de ella como consultar los gráficos de producción, después de explicar que toda acción, traduciéndose por gastos, importa analizarlos para ordenarlos según su naturaleza; desdejar, por último, la realidad del coste de fabricación en vista de los progresos a realizar, mostrar que el balance y la cuenta de Pérdidas y Ganancias son un término y no un adorno, deberían ser los objetivos de esta enseñanza esencial.»

Los problemas humanos.

Según el Dr. Fernández-Ladreda, es conveniente también el estudio de los problemas humanos en el doctorado de Química industrial. En esos estudios deberían entrar «psicología, psicotecnia, sociología, historia del trabajo, fenómenos de las masas, problemas de mano de obra, organización social, condiciones de vida y de alojamiento, problemas de remuneración, leyes y servicios sociales, reglas de mando, todos, en fin, los múltiples aspectos de las relaciones que el futuro químico en la industria ha de tener con los hombres que le rodean. Especialmente podrían sacar gran fruto los alumnos de una iniciación en las grandes leyes de la Psicología, para su aplicación en las leyes sociales, y de la Psicotecnia, que hoy toma lugar importantísimo entre los medios de selección.»

Estos son algunos de los puntos de vista que el profesor de la Central D. José María Fernández-Ladreda expuso, sobre el doctorado en Química industrial, en el discurso inaugural del nuevo

curso. A continuación eran leídos los nombres de los alumnos que obtuvieron premios extraordinarios. Después, los nuevos universitarios prestaban juramento de fidelidad al centro que les acogía: era la fidelidad a España a través de una de las mejores manifestaciones de su tradición y su espiritualidad.

DOS NUEVOS EDIFICIOS DOCENTES EN ASTURIAS

Dos nuevos edificios docentes abrieron en Asturias sus puertas con la inauguración del curso académico, realzada por la asistencia del Ministro de Educación Nacional. En la tarde del día 4 de octubre de 1949, el Sr. Ibáñez Martín inauguró en Oviedo el Colegio Mayor «Valdés Salas», en cuyo acto pronunció las siguientes palabras:

«Dios Nuestro Señor, que conoce el pensamiento de todos los hombres, sabe que en el cumplimiento de mis deberes ministeriales nunca me siento más feliz que en los momentos en que oigo criticar la obra realizada, con sentido constructivo y con afán de perfeccionamiento. Creo que los hombres de responsabilidad deben saber oír y deben saber convertir en realidades espléndidas aquellas nobles y legítimas aspiraciones que van encaminadas al engrandecimiento de la Patria.

Y en este orden, las fechas de ayer y de hoy constituyen un conjunto maravilloso, una afortunada coincidencia, que sirve para que, como Ministro, pueda recoger aquellos afanes de convertir en rea-

lidades peticiones maduras y serenas en orden a los diversos sectores de la docencia.

Acabáis conmigo de asistir a la solemne sesión inaugural del curso académico de 1949 a 1950, donde habéis oído la palabra vibrante, llena de emoción, del representante del Sindicato Español Universitario, señalando unas inquietudes, marcando unas ilusiones y precisando el desarrollo de una idea que va derechamente a servir a la grandeza de España. El Ministro ha recogido—nunca hasta ahora ha dejado de hacer honor a su palabra—toda la noble ambición de las solicitudes expuestas, y promete no dejar de trabajar por que esas ilusiones lleguen a convertirse en realidades.

Habéis oído después al excelentísimo y magnífico señor Rector de la Universidad, que ha sabido tratar, con su extraordinaria competencia, un tema que llega tan hondo a la conciencia de todos los países cristianos, como es el de la internacionalización de la Ciudad Santa de Jerusalén, abogando por que esta ciudad, que es la ciudad de Dios, logre quedar en condiciones de salvaguardar sus tradiciones gloriosas, lo que es tanto como salvar los principios espirituales en que se forma nuestra civilización.

Pero voy a hablaros ahora de aquella coincidencia a que aludía antes entre el ayer y el hoy. Ayer inauguraba yo el curso en la Universidad de Madrid, y oía de labios del Ministro de Obras Públicas, vuestro ilustre paisano, el Excmo. Sr. D. José María Fernández Ladreda, una sabia disertación sobre la enseñanza de la química en el doctorado de Química industrial. Hoy acabáis de oír conmigo las aspiraciones del Decano de vuestra Facultad, Dr. Pire, del que yo os diré que su celo ha sido constante, consecuente; que ha sabido llegar, por todos los caminos que le fué posible lograr, al Ministerio para que éste cumpliera un servicio que hacía falta a su querido centro.

Ya, por fortuna, puedo deciros que la Universidad de Oviedo tendrá pronto su flamante Facultad de Ciencias, una Facultad de Ciencias superior aún al ambicioso proyecto primitivo. Y que si bien esta Facultad está concebida, injertada, dentro de nuestra vida económica, no por ello está apartada de nuestros más sentidos idea-

INSTITUTO NACIONAL DE PROCEDENCIA - BIBLIOTECA

les. Y junto a ella se edificará un soberbio Instituto del Carbón, que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas construirá con arreglo a las mayores exigencias, y que dará a esta tierra heroica, llena de fervor patriótico, rebosante de ambición espiritual, una satisfacción cumplida a sus deseos. Yo espero que Dios nos ayude y nos ilumine en la realización de esta obra. Lo espero, porque bien sabéis que ninguna promesa hecha ha dejado de cumplirse. Testimonio vivo de lo que afirmo es este Colegio «Valdés Salas», a cuya inauguración tengo el placer de asistir. Porque yo no he perdido nunca ocasión de ponerme en contacto espiritual con la Universidad ovetense, y así, vine primero a inaugurar el edificio central, con sus grandes aulas y su biblioteca; luego, el Colegio Mayor de San Gregorio, y hoy, este de «Valdés Salas» en que nos encontramos.

Bien sabéis vosotros lo que los Colegios Mayores significan en la ambición del Régimen actual. En ellos perseguimos formar íntegramente al hombre, formarle en su alma y dotar de vigor y fortaleza a su cuerpo; darle, sobre todo, un alma cristiana y patriótica que sepa imbuírse de la obligación de que después de servir a Dios tiene que saber servir a la Patria. Un alma que ha de formarse en la convivencia en estos Colegios Mayores, al lado de profesores jóvenes llenos de entusiasmo, como este ilustre doctor Miranda, que saben llevar a cabo su misión con la alegría de un apostolado.

Pero, además, el Ministerio se ocupa de otras cuestiones en relación con Asturias. Ya conocéis la cesión por el Ministerio del Ejército al de Educación Nacional del edificio del cuartel de Santa Clara, donde serán instaladas la Facultad de Filosofía y Letras y la Escuela de Comercio, con lo que la transformación cultural ovetense incorporará un nuevo y magnífico inmueble a sus servicios. Dentro de poco también se mejorará y ampliará la Escuela de Trabao, y en ella, por iniciativa feliz de vuestro ilustre Gobernador civil, Sr. Macián, será también largamente dotada la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, que tan altos fines cumple en la formación artesana de los pueblos.

Y en el mismo orden está la construcción del Instituto de Enseñanza Media, que es ya hoy una realidad, sólo a reserva de completar sus instalaciones en plazo muy corto. Y así como en Oviedo han realizado estas cosas —y se proyectan los nuevos edificios del Instituto Femenino y de Escuelas del Magisterio— y otras que se deben a la Excma. Diputación Provincial y al Excmo. Ayuntamiento de la ciudad, la actividad del Ministerio se extiende y seguirá extendiéndose a todo el Distrito Universitario. Y mañana, Dios mediante, inauguraré, casi terminada, la Escuela de Peritos Industriales en Gijón, cuyo director, casi más exigente que yo, considera sólo inacabada; y se instalará en breve el Museo de Jovellanos, y se completará en León la parte que pudiéramos llamar ornamental del exterior de la Facultad de Veterinaria. Y os quiero anunciar, aunque esto no sea normativo de la política de mi Ministerio, que este Principado de Asturias será uno de los más favorecidos en el plan nacional docente de Enseñanza Media y Profesional. Ciudades importantes de este magnífico Distrito Universitario tendrán los centros que les corresponden con arreglo a su categoría industrial.

En fin, quiero manifestaros que la actividad que el actual Estado lleva a cabo es hoy tan enérgica, tan entusiasta, tan llena de fe, como el primer día en que el Caudillo levantó su bandera victoriosa. Y a la fe, al trabajo, al entusiasmo de ese gran Capitán y gran cristiano, quiero yo dedicar un recuerdo en este día de su fiesta onomástica, y pedirle a Dios, no que aumente su tesón y su amor a España, porque eso es ya imposible, sino que nos conserve su vida muchos años para nuestro progreso, para que España, por su pasado, por su presente y, sobre todo, por su futuro esplendoroso, alcance el lugar que merece entre todos los pueblos del mundo.

Y ahora decid conmigo: ¡Arriba España! ¡Viva Franco!»

LA NUEVA ESCUELA DE PERITOS INDUSTRIALES

Al siguiente día —5 de octubre— el Ministro inauguró la nueva Escuela de Peritos Industriales y Elemental de Trabajo de Gijón.

En el acto el Sr. Ibáñez Martín pronunció un discurso, en el que señaló la trascendencia del proceso de industrialización en nuestra Patria, que destaca entre las tareas que para la creación de la riqueza nacional realiza el Régimen con la inspiración genial y perseverante del Caudillo. Examina la importante labor realizada a este respecto, al lado de la cual se une otro afán, que el Estado tiene en la raíz esencial de su naturaleza y de sus propósitos, y es el de constituir una gran comunidad nacional, en la que cada uno ocupe su sitio y todos conjunten su trabajo en la línea de la grandeza de la Patria, en cuya hermandad hay sitio para todos los que dedican honradamente su esfuerzo al servicio de España.

Analiza el señor Ibáñez Martín la correlación existente entre el proceso industrial señalado y un adecuado proceso técnico como condición previa para aquél, aprovechando la inauguración de los

dos centros gijoneses, para subrayar la tarea trascendental, que incumbe tanto a las Escuelas Superiores, como a las Escuelas de Peritos y a las elementales de Trabajo, por medio de las cuales se incorporan, respectivamente, al surgir industrial de nuestro país auxiliares inmediatos de los ingenieros y obreros especializados, justificando todo ello el afán del Régimen de crear una cultura técnica al lado del proceso industrial, como instrumentos, ambos, indispensables para el progreso de la Patria.

Refiriéndose a las palabras pronunciadas por el director de las Escuelas inauguradas y por el Alcalde de Gijón, expone los proyectos del Ministerio a realizar en Gijón dentro del plan general, que abarca importantes obras en todos los grados de la enseñanza, y entre ellas un Grupo Escolar conmemorativo de la gloriosa gesta del «Simancas», para la que tiene unas emocionadas palabras de homenaje y recuerdo.

Termina su discurso, que fué repetidamente interrumpido por las aclamaciones del público, que llenaba el salón de actos de la Escuela, con una exhortación a un mayor esfuerzo de todos en favor de una España mejor, que, dirigida por el Caudillo, reciba manifiestamente en su empresa gloriosa la protección decidida de la Providencia.

El nuevo edificio es una grandiosa construcción de tipo moderno, proyectada con todas las perfecciones deseables para esta clase de centros. Ocupa una extensión de 11.110 metros cuadrados. La Escuela de Peritos cuenta con 470 alumnos, y 367 la Escuela de Trabajo, o sea, más de 800 alumnos en total.

LAS PUBLICACIONES DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Una entrevista con RAFAEL BALBIN

GRAN ciudadela de los libros es el nuevo edificio que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha levantado en la Colonia del Viso para alojar su Departamento de Publicaciones.

Libros y libros apilados en los grandes depósitos de la planta baja y arriba los diversos despachos que se integran dentro de esta gran organización.

Rafael Balbin de Lucas, gran trabajador e investigador notable, rige este Departamento de Publicaciones, en donde siempre se trabaja a gran ritmo y del que diariamente salen cientos de paquetes de libros y de revistas con destino a todo el mundo.

Balbin de Lucas, que nos ha acompañado en la visita a estas grandes instalaciones libreras del Consejo, accede cordial como siempre al interrogatorio, y a la primera pregunta con que iniciamos éste, nos responde:

—Las tenaces y laboriosas investigaciones del Consejo, sus estudios, métodos y resultados, son editados por la Oficina de Publicaciones, que, a su vez, tiene la misión de difundirlos en los ám-

Libros preparados para su envío al Extranjero.

Un detalle del almacén de libros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

bitos nacional e intenacional, poniendo al alcance de los estudiosos, entidades públicas y privadas de todo el mundo las novísimas investigaciones, los últimos descubrimientos en todas las ramas del saber, toda la labor científica, en fin, de España y otros países.

—Y hablando de números, ¿puede usted decirme, Balbin, el número de volúmenes publicados por el Consejo hasta hoy?

—Diez años de labor editorial han permitido al Consejo publicar 1.078 obras científicas, integradas por 1.213 volúmenes, de Teología, Filosofía, Pedagogía, Derecho, Economía, Política, Filología, Literatura, Arabismo, Historia, Hebraísmo, Geografía, Arte y Arqueología, Etnografía, Bibliografía, Medicina, Geología, Física y Química, Matemáticas y Estudios locales.

—Y en cuanto a las relaciones del Consejo con los centros similares y las librerías del extranjero, ¿son muy extensas?

—Sí lo son. Y aunque sea una larga relación, le diré aquellos países con quienes tenemos grandes intercambios con sus centros universitarios y de investigación, a la vez que sus librerías son nuestros grandes compradores. Anote usted.

Y Balbin empieza a dictarme una lista, que reza así: Argentina, Brasil, Canadá, Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, Costa Rica, Santo Domingo, Uruguay, Venezuela, Egipto, India, Palestina, Filipinas, Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Portugal, Suiza, Suecia y Turquía.

—Y de las revistas del Consejo, ¿qué puede usted decirme, Balbin?

—Complemento de las obras son las 89 revistas, publicaciones periódicas del Consejo, de las que 87 son revistas especiales que recogen el resultado de las investigaciones de los Institutos y mantienen, mediante secciones bibliográficas y de información, un contacto permanente con lo que se realiza en otros países. De estas publicaciones periódicas, 11 se dedican a las ciencias teológicas, filosóficas, jurídicas y económicas, 15 a las ciencias históricas y filológicas, 16 a las ciencias médicas y de biología animal, cinco

a las ciencias agrícolas y de biología vegetal, nueve a las ciencias matemáticas, físicas y químicas y cinco a la investigación de carácter técnico e industrial. Por otra parte, los centros coordinados con el Patronato de Estudios Locales editan 16 revistas y son 10 las publicaciones periódicas del Patronato dedicadas a los estudios internacionales.

Y Balbin, tras una pausa, continúa diciendo:

—Por último, la revista general *Arbor* sintetiza el pensamiento científico del Consejo, da su dimensión humanística y humanitaria y, al mismo tiempo, constituye una fuente informativa de los movimientos culturales extranjeros, a la vez que es índice de la propia vida cultural española.

—Y de todas las colecciones publicadas por el Consejo, ¿cuáles son, a su juicio, las de más éxito?

—Las obras publicadas con un éxito más rotundo son, entre otras, las de la Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez y Pelayo, editadas con singular esmero tipográfico y a precio en extremo reducido, y muchas de las cuales caminan ya por su segunda edición. Otras que también han alcanzado éxito notable son las pertenecientes a las Monografías de Ciencia Moderna y también las de Historia, Arte y Arqueología.

—Y, por último, dígame usted, Balbin, ¿publica el Consejo algún boletín que sea órgano propagandístico de sus libros?

—Sí. Publicamos un *Boletín Bibliográfico,* que aparece mensualmente en edición española e inglesa y que enviamos al mundo entero para que sirva de anuncio de nuestras novedades. Cada vez nos es más solicitado y merced a él la noticia de nuestros libros llega a los lugares más lejanos.

Y en este punto ponemos el final a esta entrevista, que con las claras palabras de Rafael Balbin, autor de obras notables, catedrático de la Universidad de Oviedo y personalidad relevante dentro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, es exponente de la tarea editorial que viene realizando este gran organismo que jamás tuvo par en España en ningún momento de su historia.

J. S.

LA OBRA DEL ESPIRITU

APORTACION DE GONZALEZ PALENCIA A LA LITERATURA ESPAÑOLA

HACE solamente un cuarto de siglo nuestros estudiantes de Literatura en la Central estudiaban en el texto —excelente, por otra parte— de un profesor extranjero. Faltaba en nuestra bibliografía literaria la obra en que de un modo panorámico, objetivo, claro y completo se estudiase la evolución histórica de las letras nacionales. Fué D. Angel González Palencia quien acometió la labor que vendría a remediar aquel fallo de nuestra enseñanza universitaria.

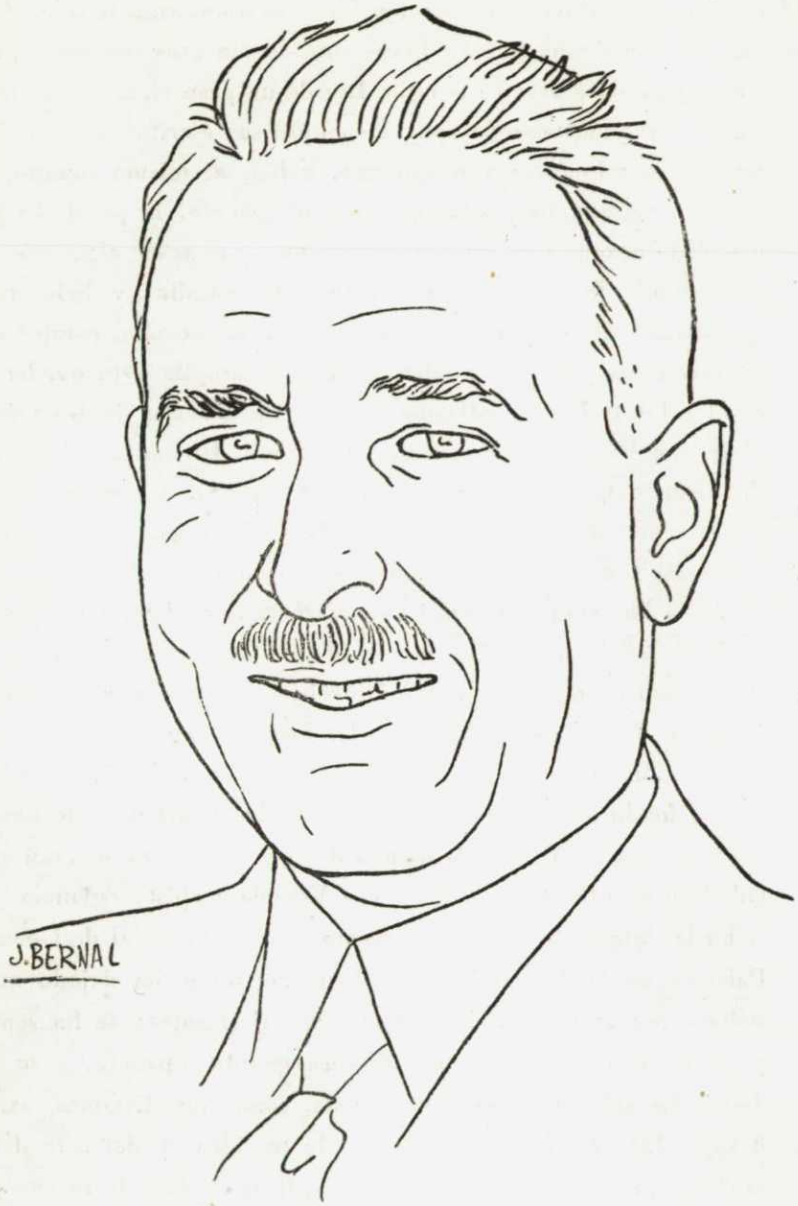
Era, en verdad, paradójico que la historia y la belleza de nuestra poesía lírica, de nuestra novela y de nuestro teatro fuesen estudiadas según los juicios y las directrices de alguien no español. Otro profesor, D. Juan Hurtado —titular de la asignatura en la Universidad Central— colaboró con González Palencia en aquella tarea. La nueva *Historia de la Literatura española* llenaba cumplidamente la necesidad tan largamente sentida. Era un libro caudaloso de noticias, claro en el método, sereno en el juicio, al día en la investigación. Llegaba hasta nuestro tiempo, en un examen breve de la realidad literaria actual. Publicado el libro, unánimemente se reconoció su utilidad. Ya los estudiantes no aprenderían

la historia de nuestras letras en el texto de un profesor extranjero.

Nuevas ediciones, después, fueron ampliando la obra, enriqueciendo su bibliografía, completando los cuadros de las varias épocas. El libro era ya fundamental para el conocimiento de la evolución literaria española. Muerto D. Juan Hurtado, D. Angel González Palencia siguió reuniendo datos y preparando materiales para las ediciones futuras. El libro no podía quedarse rezagado. Y así, ahora, acababa de aparecer una nueva y completísima edición, en un solo volumen, de aquella *Historia* en la que D. Angel González Palencia trabajó con tanta ilusión como competencia. Siguiendo la línea trazada en la primera edición, en esta de ahora se llega hasta los nombres más nuevos y recientes del panorama literario nacional, en el ensayo como en el periodismo, en el teatro como en la investigación.

Fué ésta una importantísima aportación de González Palencia a nuestra literatura, tanto por la obra en sí como por lo que significaba como respuesta a una necesidad profundamente sentida. Por sólo esta obra quedaría ya incorporado para siempre a los cuadros de nuestra mejor bibliografía literaria el nombre del ilustre profesor que acaba de morir. Pero es que, además, su labor encierra otros aspectos y constituye un admirable ejemplo de tenacidad y amplitud en el trabajo. Asombra realmente la labor realizada por González Palencia: más de trescientos títulos, entre libros, folletos y estudios varios, figuran en la larga lista de sus publicaciones.

Su actividad se orientó en una doble dirección: los estudios árabes, en los que continuó la línea de los grandes arabistas nacionales, y los estudios de literatura española, en los que se formó bajo la sombra ejemplar de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Acertó —es el gran secreto— a convertir su trabajo en su gozo. «Lo paso mejor —se le oía decir a veces— en un archivo, entre documentos de otro tiempo, que en el teatro o en el cine.» Si entre esos documentos estaba su trabajo, estaban, también, su descanso y su alegría. Voluntad extraordinaria, infatigable espíritu, González Palencia puso ambos al servicio de las letras nacionales.



D. ANGEL GONZALEZ PALENCIA

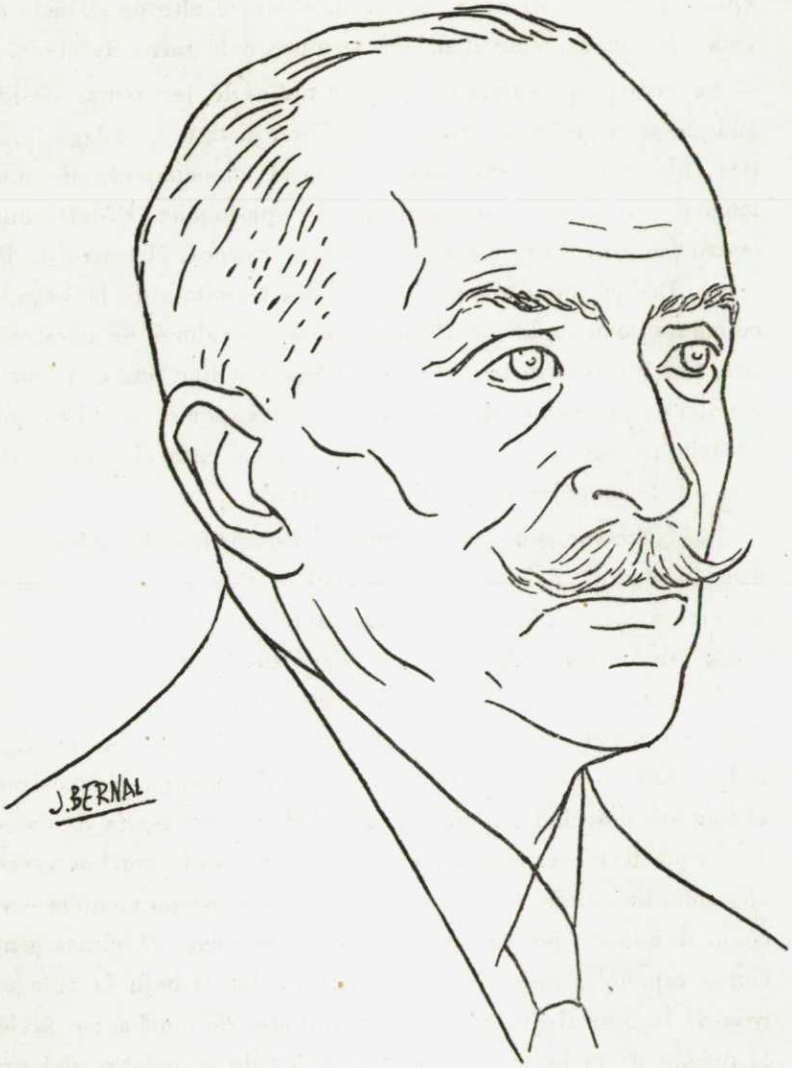
Ni aun esquemáticamente cabe una descripción de su obra amplísima, en la que historia y literatura marchan paralelas. Los archivos y las bibliotecas conocían bien esa asombrosa tenacidad con que él se inclinaba horas y horas ante documentos venerables, ante libros y papeles de otro tiempo. Era de un gran rigor en sus investigaciones, y gustaba de apoyar siempre sus escritos en una documentación minuciosa y terminante. Sabía, al mismo tiempo, dar al fruto de aquellas investigaciones el método, la precisión y la claridad inexcusables en toda obra que quiera ser algo más que puro desfile de datos. Son muchísimos sus estudios, y dicho queda que excede de los márgenes de esta nota la mención completa de aquella larga y ferviente labor. Entre tan amplia lista pueden ser citados los trabajos dedicados a José María Vaca de Guzmán, a Meléndez Valdés, a Montengón, a Antonio Hurtado, a Fray Luis de León, a Quevedo, a Covarrubias y Orozco, a José de Villaviciosa, a mosén Diego de Valera, a Lope de Vega, a Montemayor, a González de Carvajal... Magistrales estudios suyos son los que dedicó a *La censura literaria en el siglo* XIX» —obra que le premió la Real Academia—, *Los mozárabes de Toledo en los siglos* XII *y* XIII —en cuyo trabajo empleó diecisiete años—, *Los precedentes islámicos de la leyenda de Garín, La doncella que se sacó los ojos...* La relación entre las literaturas castellana y árabe fué estudiada muy a fondo por González Palencia, arabista insigne, que fué llamado precisamente a la Academia de la Historia por su gran autoridad en este tipo de estudios. «La Escuela arabista española —escribó D. Miguel Artigas en el discurso de respuesta al de González Palencia en la Academia de la Lengua— no se ha dejado nunca seducir por anhelos ni influencias extranjerizantes; se ha sentido y se ha manifestado siempre fervorosamente española, y su tendencia ha sido más bien imperialista, como hoy diríamos, exaltadora y difusora de las influencias de las ideas y del arte de los árabes españoles en las diversas disciplinas de la cultura europea. Este patriotismo científico fué, sin duda, el primer móvil que condujo a nuestro académico insensiblemente a cultivar luego, con una intensidad que nos recuerda la de nuestros grandes polígrafos, el

campo abierto de la Literatura española. Pero antes, entonces y después trabajó con fruto extraordinario en su predio familiar y originario del arabismo y de la cultura islámica.»

Tres aspectos fundamentales tiene, por tanto, la extensa aportación de D. Angel González Palencia a nuestra literatura: el nexo de ésta con las letras árabes, la *Historia* que vino a sustituir en nuestra enseñanza al libro de Fitzmaurice-Kelly, y la serie de estudios literarios de que en parte queda hecha mención. La muerte ha llegado ahora al sabio profesor cuando éste se hallaba en plena madurez creadora, en el momento más granado de su infatigable esfuerzo, cuando todavía podían esperarse muchos frutos nuevos de aquella magnífica vitalidad que caracterizó siempre al gran investigador de nuestras letras. Hace nueve años, cuando D. Angel González Palencia ingresó en la Academia Española, su padrino en el acto, D. Miguel Artigas, acababa el discurso de contestación con las palabras siguientes: «Mucho más esperamos, confiados, de su gratísima compañía, de su talento, de su vocación y de las energías de este hombre, en el cual se han refundido, unificándose, las cualidades de dos corrientes científicas poderosas: la serena agudeza patriótica de los arabistas de Codera y el hondo y desbordante españolismo de Menéndez y Pelayo.» Mucho más, también, podía esperarse hoy de todas esas condiciones que el llorado Artigas señalaba en González Palencia. La muerte, de un modo brusco y dramático, ha hundido todo aquello que aún podía esperarse del gran académico. Nos deja éste, sin embargo, junto a una labor extensa y ferviente, la lección de su voluntad tenacísima y de su alta pasión española.

EL ESPIRITU Y LA OBRA DE DON JOSE ROGERIO SANCHEZ

En la vida cultural y pedagógica española ha tenido un profundo eco doloroso la pérdida de D. José Rogerio Sánchez. Pocas vidas como la suya tan incondicionalmente entregadas al trabajo, al esfuerzo que no conoce pausas ni desmayos. La ilusión de la tarea le acompañó siempre, desde sus años mozos hasta este comienzo de otoño, en que la muerte le ha llegado. Había sido jubilado ya, mas esta jubilación administrativa no rimaba con su espíritu, lleno siempre de afanes creadores. Continuó en la Dirección de su Instituto de San Isidro, y hubiese podido seguir en su cátedra: tan fértil estaba su pensamiento, tan incansable era su voluntad. Proyectos de libros nuevos, de estudios, de conferencias, se amontonaban en su estancia de trabajo. «Mis arreos son las armas, —mi descanso el pelear», hubiese él podido decir, como en el viejo romance. Una vida larga, literalmente consagrada al trabajo, le daba derecho a jornadas de descanso. Mas éste no existía para él sino en forma de labor nueva. Y así, ahora, mientras la



D. JOSE ROGERIO S'ANCHEZ

muerte le hacía una ronda dramática, su frente barajaba nuevos afanes y en las pausas de la dolencia D. José Rogerio dictaba notas y apuntes para obras futuras. Le llegó la muerte, y sólo ése, el definitivo, podía ser su único descanso, el único alto de silencio en su vida, ilusionadamente dedicada siempre a la tarea de crear.

Se centró su actividad en el estudio de los temas literarios, aunque se acercase a otros de carácter distinto: pedagogía, estética, filosofía. Mas era, sobre todo, el conocimiento de nuestra lengua y de nuestras letras lo que le apasionaba. Estudió nuestro teatro poético, los escritores hispanoamericanos, el teatro de Benavente. Dedicó un concienzudo estudio a Garcilaso de la Vega, hizo ediciones comentadas de clásicos, glosó los valores de nuestra mística. Sus libros para la enseñanza literaria tenían una unánime estimación en los medios didácticos nacionales, por su sencillez, por su eficacia pedagógica. Sus antologías figuran entre las más cabales que puede manejar el estudiante español.

Fué Director general de Primera Enseñanza, Presidente de la Sección segunda del Consejo Nacional de Educación y miembro de la tercera, académico de Ciencias Morales y Políticas. Fué, sobre todo, catedrático, y la cátedra se llevó sus horas mejores. Comenzó desde muy joven a desempeñar este menester. Ya nunca abandonó tal género de trabajo, al que se dedicaba con infatigable ardor. Era D. José Rogerio Sánchez, típicamente, el catedrático, el hombre desvelado siempre por la fiebre y la alegría de enseñar. Este tipo de labor, tenaz, oscura, incomprendida muchas veces, le absorbía. Su ánimo —poderoso ánimo en un cuerpo menudo— vivía como iluminado por la tarea gozosa de enseñar. ¿Cuántas generaciones españolas aprendieron a amar las letras bajo la guía amorosa de D. José Rogerio? ¿Cuántos millares de muchachos tuvieron la noción de la belleza literaria al calor de la palabra del profesor? El era en la clase sencillo y bondadoso. Sabía que el mejor camino para llegar al espíritu del discípulo era el de la efusión. Más que hacerse temer, hacer querer: un respeto, en fin, logrado por medio de bondades. En la clase, él no quería simplemente dar una lección, en lo que ésta pudiera tener de engolamiento y ru-

tina, de simple alarde de conocimientos. Lo que él buscaba, al hacerse amar a sí mismo, era hacer también que la asignatura fuese amada. Este fué el noble secreto de D. José Rogerio Sánchez: acertar a despertar en los que escuchaban su palabra un sentimiento de simpatía hacia la materia explicada. Lo personal influye mucho en lo educativo. Un buen maestro es decisivo en el rumbo de muchas vocaciones.

Rogerio Sánchez era, plenamente, esto: el maestro, el consejero, el guía. Mientras del recuerdo de muchos que fueron alumnos suyos se borraba el perfil de otros profesores, persistía la memoria del que les enseñó a amar las letras y supo poner en la labor didáctica un acento de simpatía. El encarnaba el arquetipo del profesor de segunda enseñanza, modesto, sencillo, trabajador, infatigable en su misión cotidiana. Sembrar es una labor oscura y silenciosa, pero es una admirable labor, de la que dependen en gran parte las horas futuras de un país. Rogerio Sánchez sembró a lo largo de muchos años, y esa labor suya, de entre toda la que realizó, es la que guarda un más bello sentido. Libros, estudios, conferencias... Mas, de todo ello, lo que da una mejor aureola a la figura de D. José Rogerio Sánchez es su gran virtud de sembrador. ¿Cuántos millares de muchachos españoles se formaron a su sombra? La vida, después, les fué dispersando, empujando hacia derroteros distintos. Mas siempre vivió en ellos el recuerdo de quien les había enseñado a comprender y amar la belleza literaria. Se comprobó ahora, en la hora doliente de su muerte. Junto al duelo de los alumnos últimos, mozos todavía, estaba el duelo de los que son ya hombres y un día pasaron por las mismas aulas. Unos y otros se sentían hermanados por un duelo común ante la pérdida del maestro. Unos y otros habían conocido la misma bondad, la misma comprensión, la misma palabra inteligente, generosa y clara. Iban tras el féretro los amigos, los compañeros de claustro —a la cabecera de todos el Ministro de Educación, amigo y compañero, en las mismas aulas, del catedrático muerto—. Iban también, después, otras gentes, de perfil desconocido. Eran los alumnos de un día, los que habían sabido del humano espíritu de D. José Ro-

gerio. Acaso, desde que salieron de las aulas, no le volvieron a ver. Mas no importaba esta falta de contacto físico. La huella espiritual quedó viva. Ahora, a la llamada de la muerte, esta huella se extremaba en el recuerdo de muchos. ¡Pobre D. José! Se había hecho supremo silencio su palabra bondadosa, que tan bien sabía guiar por los caminos de la belleza, que tan humanamente enseñaba verdades y señalaba rutas. Allá, tras el cuerpo hecho quietud definitiva, iban los alumnos de un día, dispersos hoy por caminos y profesiones diferentes, hermanados ahora, como en los días de bachillerato, por la devoción hacia el maestro.

DON ANTONIO BALLESTEROS, EJEMPLO DE UNIVERSITARIOS

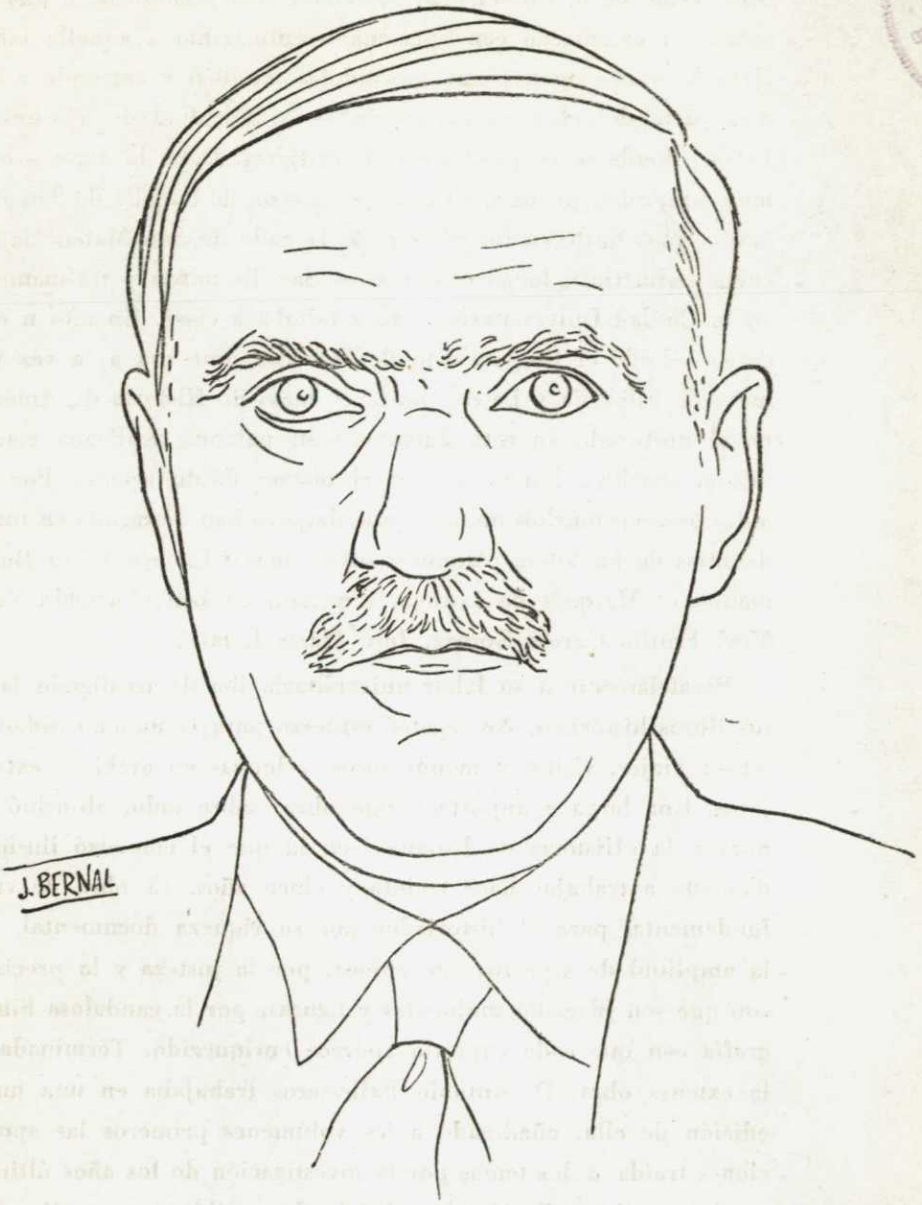
Era D. Antonio Ballesteros un valor representativo de toda una generación española. Se juntaban en él la capacidad de trabajo, la inteligencia poderosa, la ilusión para el esfuerzo, para un esfuerzo que en él no se hacía agotamiento, sino que se renovaba continuamente en ambiciosos afanes creadores. Deja, tras de su paso por la vida, una doble obra, igualmente admirable: la de sus libros, monumental creación para la historia española, y la de los historiadores que a su sombra, bajo su ejemplo, se formaron. Unos y otros, hombres y volúmenes, constituyen el gran testimonio de la extraordinaria valía de D. Antonio Ballesteros, cuya figura se enlaza a la mejor tradición de nuestra historiografía.

Destacaba en él, en primer término, la profundidad de conocimientos, adquiridos siempre de primera mano, en fuentes originales, en infatigable rebusca por archivos y bibliotecas. Su extenso saber era después canalizado por el ilustre catedrático —en el libro, en la conferencia, en el aula— en palabras caracterizadas

siempre por una sencillez y una diafanidad absolutas. Estaban ausentes de esa palabra suya el énfasis y la pedantería, la recargada exposición. A la buena manera clásica, la sencillez era su masa. Rigor en el método, orden, claridad. Los que fueron sus discípulos, los que fueron y son sus lectores, saben bien la excelencia de estas virtudes expositivas con que Ballesteros perfilaba una figura, un ambiente o un problema históricos.

Hacer discípulos, crear en éstos una conciencia de continuidad, es lo que mejor define a un profesor, lo que da a su tarea plenitud de rango. D. Antonio Ballesteros supo crear discípulos, despertar en éstos un espíritu de continuidad de aquellas enseñanzas que en el aula ellos recibían. En sus varias cátedras —Historia Universal Antigua y Media, Historia de España, Historia de América— iniciaron su formación muchas figuras que después han alcanzado renombre en el profesorado español. «Casi todos los catedráticos de la joven Universidad española —ha escrito Cayetano Alcázar, el actual Director de Enseñanza Universitaria— habían sido sus discípulos. Todos le debían algo: de su ejemplo, de su tenacidad, de su consejo, de su aliento.»

Había nacido en Roma, en 1880. Ha muerto en Pamplona, en 1949. Entre las dos fechas, el arco de su vida aparece siempre tenso por una indomable voluntad de trabajo. Estudia en el Colegio de Jesuítas de Chamartín de la Rosa, más tarde en Oñate y Deusto. Se licencia en Derecho y se doctora en Filosofía y Letras. A los veintiséis años gana su primera cátedra: la de Historia Universal Moderna y Contemporánea, de la Universidad de Sevilla. Se inicia allí, en la ciudad andaluza, la ferviente vocación americanista del profesor, la que después le ha de llevar a ser entre nosotros la máxima autoridad en tal especialidad histórica. Horas y horas entre los legajos del Archivo de Indias le conducen por aquel camino de especialización, del que ya nunca ha de apartarse. Nace entonces, en el contacto directo con la ciudad, su gran amor a Sevilla, que también ha de proyectarse en su labor: el estudio que dedicó a la vida de aquella ciudad en el siglo XIII es uno de los más fundamentales en toda su obra de historiador.



D. ANTONIO BALLESTEROS

INSTITUTO NACIONAL DE PALEOTECNIA · BIBLIOTECA

Fué continua su aportación a las tareas universitarias. Mientras otros veían en la Universidad solamente una plataforma o una vanidad, él se entregó con apasionado entusiasmo a aquella labor. Hizo de nuevo oposiciones, ganándolas también y entrando a formar parte del claustro madrileño de la Facultad de Filosofía y Letras, donde desempeñó cátedras distintas. Daba la clase a hora muy temprana, primero en el viejo caserón de la calle de San Bernardo, más tarde en un edificio de la calle de San Mateo (la Escuela Industrial), luego otra vez en San Bernardo y últimamente en la Ciudad Universitaria. Nunca faltaba a clase. En uno u otro curso —desde el preparatorio de Derecho, que era a la vez primero de Filosofía y Letras, hasta el curso de Historia de América en el doctorado en esta Facultad— su palabra explicaba con la misma sencillez luminosa, con el mismo flúido acento. Por sus aulas pasaron muchos nombres que después han destacado en ramas distintas de las letras. Alumnos suyos fueron Ciriaco Pérez Bustamante, el Marqués de Lozoya, Cayetano Alcázar, Carmelo Viñas Mey, Emilio García Gómez, José María Igual...

Paralelamente a su labor universitaria iba desarrollando la de sus libros históricos. No regateó esfuerzo para la mejor calidad de éstos: viajes, visitas a monumentos, rebuscas en archivos extranjeros. Una larga e importantísima obra, sobre todo, absorbió sus horas: la «Historia de España», en la que él comenzó ilusionadamente a trabajar hace treinta y cinco años. Es obra de valor fundamental para el historiador por su riqueza documental, por la amplitud de aspectos que enfoca, por la justeza y la precisión con que son juzgados ambientes y figuras, por la caudalosa bibliografía con que cada capítulo aparece enriquecido. Terminada ya la extensa obra, D. Antonio Ballesteros trabajaba en una nueva edición de ella, añadiendo a los volúmenes primeros las aportaciones traídas a los temas por la investigación de los años últimos.

Otra ardiente ilusión suya fué la de escribir una amplia «Historia de América», para que cuajase así, de definitivo modo, aquella vocación americanista que despertó ante el prodigioso mundo que duerme en los legajos del Archivo de Indias. Varios colabo-

radores le ayudaban en esta tarea gigantesca. La obra ha quedado sin concluir. De ella formaban parte los tomos dedicados a Cristóbal Colón, publicados ya, y en los cuales el extenso saber y la agudeza crítica de D. Antonio Ballesteros se mostraban, una vez más, magníficamente.

Además de estas dos obras fundamentales —la «Historia de España», acabada, y la «Historia de América», iniciada nada más, y que aspiraba a tener veintitrés volúmenes—, dejó D. Antonio Ballesteros una larga serie de obras. Había trabajado últimamente en dos grandes libros, sobre Fernando III y Alfonso X, que habían sido premiados en importantes certámenes históricos de Sevilla y de Murcia. Otros libros, estudios y conferencias, completan la gigantesca labor de este trabajador admirable, que mereció muchas recompensas y alcanzó glorias y títulos que aisladamente enorgullecerían a cualquiera. Fué, así, académico de la Historia, bibliotecario perpetuo de ella, correspondiente de muchas Corporaciones extranjeras, director del Instituto Fernández de Oviedo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas... Fué un trabajador inagotable y un apasionado español. Y, humanamente, un espíritu lleno de fluidez, sencillez y cordialidad. Las tertulias en su residencia de la Academia de la Historia, en la calle del León, eran exponente de amenidad, de simpatía, de erudición graciosa y viva. A ellas acudían muchos nombres ilustres de nuestras letras y de nuestra investigación.

En la primavera última se sintió enfermo. La dolencia se le mostró de pronto, en la Universidad, y hubo de ser llevado a casa. Quedó interrumpido el curso. Pareció mejorar. Marchó a Pamplona, en cuyos archivos trabajaba en los veranos. Le llegó allí la muerte, mientras él soñaba en nuevas tareas para cuando el peligro se alejase. La historia de España ha perdido con él su mejor figura de hoy.

NOTAS DE LIBROS

LOS LIBROS

INSTITUCIONES MEDIEVALES ESPAÑOLAS,
por JOSE MARIA FONT RIUS

Existen obras numerosas y fundamentales sobre las instituciones de la Edad Media española. Algunas de ellas son ya clásicas para el conocimiento de lo que fué la vida de nuestro pueblo en aquellos siglos, en que, tras la riada musulmana, se inició y fué desarrollándose la obra de la Reconquista. Se sentía, sin embargo, la necesidad de que se hiciese una obra en la que de modo conjunto y sumario se estudiase aquella complicada trama de nuestra organización medieval. José María Font Ríus ha hecho ahora esta labor, en un libro que las «Misiones Pedagógicas», dependientes de nuestro Instituto «San José de Calasanz» acaban de editar.

Es un libro de apariencia breve, de reducido volumen, más rico en materias y admirable en el método y en la sistematización. La obra, como el mismo autor declara, es de índole esencialmente divulgadora, y a este propósito responden todas las páginas. En una publicación de tales fines el método y la claridad son dos imprescindibles condiciones. Font Ríus las cumple y todo su libro es en este sentido un delicioso modelo de lo que debe ser el arte expositivo. El autor hace realidad aquella vieja frase de Fustel de Coulanges: «Un año de análisis para una hora de síntesis». Para llegar, efectivamente, a esta acabada y ejemplar síntesis que de la compleja organización institucional de nuestra Edad Media ofrece el libro, han sido antes necesarias muchas jornadas de lectura, de es-

tudio e investigación. Reducir, condensar, esquematizar, son tareas que no pueden realizarse sin un gran espíritu didáctico. Font Ríus lo posee, y su obra —insistimos— puede en tal aspecto servir de modelo.

Antes de entrar plenamente en el estudio de la materia propia del libro, el autor describe panorámicamente, a modo de introducción, las líneas generales de la evolución institucional en la Edad Media española. Analiza el marco histórico de aquel largo período, la unidad y la diversidad de la España de entonces, los elementos y las influencias que intervinieron en la estructura de las instituciones que van a ser, después, estudiadas una a una. Entre esos elementos —la tradición romano-visigoda, la influencia germánica y la proyección francesa— destaca especialmente el autor la Iglesia. «Si importante —escribe Font y Ríus— había sido la acción de la Iglesia en la estructura política y social del reino hispano-godo, no lo fué menor en la de los reinos medievales, inspirando desde un principio los ideales y actuación de los príncipes, así como, en general, la vida espiritual de todas las clases del reino. En un principio, incluso la organización civil y la eclesiástica se confunden en gran parte. Era la Iglesia el único poder con prestigio y autoridad respetado por todos en aquellas épocas prósperas a la anarquía y disgregación, y ella supo valerse de este ascendiente para influir de modo beneficioso en la suavización de prácticas y costumbres, atenuación de rigores señoriales, pacificación de las turbulencias y luchas internas de los reinos. En la Baja Edad Media empieza a advertirse un apartamiento del Estado respecto a la acción de la Iglesia, aspirando aquél cada vez más a vivir independiente de la misma. Pero los principios del Derecho canónico romano que se difunden por este tiempo inspiran determinados sectores del Derecho civil y comercial e influyen en la transformación del Derecho procesal.»

El autor estudia luego, en cuanto a lo político, los conceptos que entonces se tenían del Estado y del Poder, la idea de Imperio y su proyección española, la naturaleza y las características de nuestro Estado medieval, el Rey, los súbditos, los órganos de gobierno y los de representación. Pasa después a describir la organización administrativa, tanto en los reinos occidentales como en Aragón. Muy interesante es el estudio, sumario pero expresivo, del municipio, considerado en su origen, su organización y sus facultades.

Otra parte del libro está dedicada a «los medios del Estado»: la Hacienda, el servicio militar, el Ejército, la Marina, las Ordenes mi-

litares. Después, la Justicia y el Derecho, el régimen feudal —con sus diversas características en los varios reinos peninsulares—, la organización de la vida religiosa, en la que Font y Ríus estudia desde el sentido religioso que tuvo nuestra Reconquista hasta la vida de las Ordenes mendicantes. A continuación viene la descripción de la vida económica agraria, industrial y mercantil: la propiedad territorial, la ganadería, la Mesta, las ferias, los gremios artesanos, los consulados mercantiles, los establecimientos bancarios. Por último, la organización social y la organización familiar, en completísimos estudios, en los que la deliberada síntesis no es un obstáculo para que sea acabada y perfecta la visión de una estructura muy compleja.

Como se ve, aparece en toda su amplitud el extenso y complicado árbol de las instituciones medievales españolas, entonces, naturalmente, sin la cohesión que en tiempos posteriores adquirieron. El mérito de Font y Ríus reside en las condiciones de síntesis, de método y de claridad que ha sabido aplicar a su obra, adaptando ésta certeramente al propósito de divulgación que las «Misiones pedagógicas» requieren.

SETENTA AÑOS DE PERIODISMO,

el Marqués de Valdeiglesias.—Editorial Biblioteca Nueva.—Madrid, 1949.

Sobre sus títulos universitario y nobiliario el Marqués de Valdeiglesias puso siempre el de periodista. Aquél fué su orgullo y bien que lo mereció, ya que desde su primera juventud hasta la senectud —murió Valdeiglesias a los noventa y cinco años—se entregó a él por entero, con todo amor, con todo entusiasmo, no dejando un día, una hora seamos más justos, de practicar el ejercicio del periodismo.

Reportero, gacetillero, cronista de salones, enviado especial, director y articulista fué en su larga vida Valdeiglesias, y en todo trabajó con singular esmero, con fe gigantesca, con entusiasmo sin igual. Puso el mismo ahinco en su primera información que en la última y en toda ocasión tenía ese ardor que alumbra al neófito, ardor curiosidad vivísima, al realizar su trabajo, al llevarlo a las cuartillas.

Desde su puesto de director de aquel gran periódico que fué *La Epoca,* desde la tribuna de la Prensa en el Congreso o en los pasillos del Senado, los salones aristocráticos, o al correr por los países ex-

tranjeros, Valdeiglesias sentía sobre sí toda una trascendental misión, y en el desempeño de aquélla se aplicaba del mejor modo.

Al término de sus jornadas fué anotando a lo largo de su vida infinidad de sucesos y anécdotas; fué recortando de aquí y de allá artículos e informaciones, guardando invitaciones y programas, menús de banquetes y cartulinas de bodas en curioso y anecdótico archivo. Notas breves, frases de discursos, nombres de invitados sobre unas y otras, que luego le servirían para la información, se agrupaban en aquellos documentos infinitos del archivo del Marqués. Ese archivo comprende un larguísimo período de la vida española, con el cual se puso hace unos años a escribir sus Memorias.

Ahora, a los pocos meses de la muerte de Valdeiglesias, aparece el primer tomo de las Memorias en una bella y cuidadísima edición de Biblioteca Nueva.

De 1860 a 1874 es el período que Valdeiglesias ha historiado en el primer tomo de sus Memorias. Horas de infancia y días de juventud comprenden las páginas apretadas de este volumen, en el que hay grandes recuerdos y anécdotas de singular interés. Sus impresiones de testigo presencial de tantos y tan graves hechos como se producen en los años citados, están todas ellas dotadas de unos perfiles en que nada se ascapa a su gran perspicacia de periodista. Sobre la gran historia ya conocida por manuales y libros, Valdeiglesias nos da en este tomo el conocimiento de sucesos que estaban en la sombra.

La prosa de Valdeiglesias, ágil y fluyente, relata anécdotas y sucedidos con gracia y picardía un tanto a la francesa, que permite decir con toda corrección lo que pudiera parecer más atrevido.

Las Memorias del Marqués de Valdeiglesias, hombre que vivió casi un siglo de historia española, vienen a enriquecer notablemente nuestra bibliografía del XIX.

JUAN SAMPELAYO.

"EL LIBRO DE MADRID",

por GASPAR GOMEZ DE LA SERNA.
Editora Nacional.—Madrid, 1949.

Las que fueron estampas líricas de una mañana sobre las columnas, primero de plomo, luego transformadas en papel de diario, se han agrupado ahora, salvándose de la mortandad que aquél impone, en un libro. No en un libro más —aunque así haya que medirle matemáticamente—, sino en uno dedicado a loar el Madrid actual,

el de esta hora agitada y que guarda dentro de sí cosas muy viejas y muy modernas.

Es un itinerario a través de sus rúas y sus plazas, más aún de sus sentimientos y sus costumbres, este libro con que Gaspar Gómez de la Serna se incorpora de lleno a las grandes falanges de los enamorados de Madrid, en la que es gran adelantado su tío Ramón.

No buscan la piedra de toque de la nostalgia las evocaciones del autor, porque éste se encuentra dentro de los linderos de una juventud demasiado temprana para que pueda ir a gozar en las evocaciones y en los recuerdos.

En *El Libro de Madrid* todo es real y presente, todo tiene perfil y medida, luz y color, olor en ocasiones, cuando es el oso Nicolás el que baila ante nosotros en la plazuela al son del pandero.

El Madrid de Gaspar Gómez de la Serna es un Madrid medido todo él en grandes paseos, vigilado en caminatas a la mañana y al anochecer con un amigo fiel. Es una serie de estampas de la obra presente, que se han ido metiendo en las retinas y en el corazón, y, por tanto, en la pluma, que es corazón y retina a la vez del escritor. En esos viajes mañaneros y nocturnos por el corazón de la ciudad, por sus arterias fuertes como aquéllas, y sus venas pequeñas que son sus calles chicas perdidas y silenciosas.

Las cuatro estaciones de la vida del año son los grandes motivos en que Gaspar Gómez de la Serna ha encerrado sus estampas líricas del Madrid presente, que sin querer evocar a veces nos devuelve el ayer lejano y querido, y que siempre nos da la imagen bien medida del hoy. Pero siendo este presente rudo y fuerte, de perfiles duros en ocasiones, en todo momento encontramos en estas estampas matritenses una vena poética que las llena de encanto y de delicia, que nos da en Gaspar Gómez de la Serna la presencia de un cronista literario de la Villa de las Siete Estrellas de la mejor estirpe. No hay asomo de erudición —ni es preciso tampoco— en *El Libro de Madrid*; no hay erudición, pero sí, a cambio, belleza, y si muere antes que aquélla, nos deja en los labios, en los ojos y en el corazón un mejor recuerdo, que conocer al dedillo si las pinturas son de este o aquel otro siglo, de los discursos del día en que se puso una primera piedra.

Sin haber erudición histórica, y esa otra menor y popular que es el reportaje periodístico, en las estampas que componen *El Libro de Madrid* encontramos una realidad y un logrado ambiente de toda una época. Para saber de ella podrá acudir al libro de Gómez de la

INSTITUTO NACIONAL DE POLITECNICA - BIBLIOTECA

Serna en el futuro un lector curioso, que a la vez encontrará en él un bello poema matritense.

Poema del Madrid de hoy con su fealdad y su belleza, con su gracia y algunos de sus tristes perfiles; poema de una ciudad que todos queremos y de la que Gaspar Gómez de la Serna, por tradición noble de familia y por su buen estilo literario, es uno de sus más jóvenes amadores. Un amador que si lo quiere con el corazón, lo comprende con la cabeza y sabe interpretarlo con la pluma.

JUAN SAMPELAYO.

DICCIONARIO DE LA LITERATURA,
por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES.—Tomos I y II.—Aguilar.—Madrid, 1949.

Siempre es grato, en este un tanto rutinario y monótono mundo literario que estamos viviendo, donde hemos dado en llamar *libro* a cualquier cuadernito que apenas contiene un suspirillo en prosa o verso, hecho en colaboración con el impresor —el cual sabe distribuir muy bien los blancos y escoger tipos de letra propios para miopes—; siempre es grato, repetimos, encontrarnos con grandes empeños literarios, como este que acaba de dar a la luz Federico Carlos Sainz de Robles, de su *Diccionario de la Literatura*. Sorpresa agradable que se convierte en satisfacción absoluta al comprobar que el empeño grande ha sido coronado por el éxito en toda la extensión pretendida.

La empresa era sumamente difícil, por cuanto es la primera de este tipo que se realiza en España, y más aún por la amplitud —exhaustiva hasta el momento actual— que le ha dado su autor. Sin embargo, en un rasgo de generosidad —y de generosa en su totalidad podemos calificar esta obra, en la que se advierten constancia y trabajo, estudio y análisis a toda prueba—, Sainz de Robles la subtitula «Ensayo», y hasta en su prólogo anota que debiera haberse titulado «Apuntes para un ensayo». No estamos de acuerdo con el autor, pues consideramos, no que este *Diccionario de la Literatura* sea ya inamovible e infalible en todos sus puntos —es casi imposible hallar la obra perfecta en el mundo—, pero sí que la obra ha quedado terminada y completa en todos sus propósitos, excediendo en muchos de ellos lo que el título exigía.

Así, a través de su lectura, tanto en su tomo de «Términos y conceptos literarios», como en el de «Escritores españoles e hispanoamericanos», el trabajo de erudición y estudio llevado a cabo por Sainz de Robles no es el trabajo típico del erudito, donde se recogen datos y fechas y se analiza de una manera fría el concepto de un movimiento o la obra de un autor, sino que, por añadidura, Federico Carlos Sainz de Robles no ha querido, o más bien nos inclinamos creer que no ha podido —porque cuando se es creador en ningún momento se puede prescindir de esta cualidad—, dejar a un lado al buen escritor que en él hay. De esta forma, toda su ingente labor de erudición toma calidades vivas, y en su adentrarse analítico va poniendo el garbo de su prosa, y la crítica la inclina y la enfoca desde su sentido de los conceptos y los hechos literarios.

De igual manera excede la labor que el título de su obra exige, y vuelve a mostrársenos el escritor y el buen gusto del artista que hay en Sainz de Robles, cuando espiga en la maraña literaria española para escoger ejemplario del concepto o movimiento literarios recién definido. No sólo busca aquel que má sexactamente se ajuste al término analizado, sino que, poeta y escritor, artista siempre, elige el ejemplo, que, junto a su exactitud y justeza, reúna las condiciones de pureza y belleza poética o literarias. En esto también toma partido, y va dándonos su sentido y su postura ante la literatura de todos los tiempos.

Y donde este exceso, en favor del lector, queda más patente, es en el tomo II, donde Federico Carlos Sainz de Robles, en lo que se refiere a los escritores de otras épocas y a los de la actual desaparecidos, hace verdaderas biografías, cuajadas de exaltación literaria y de entusiasmo por la vida y la obra de los autores que retrata. No se limita aquí a dar la ficha completa del autor, con su bibliografía, sus datos, sus fechas y la tendencia literaria de sus escritos, sino que revive literariamente su vida y la creación de su obra, llegando en algunos a darle una forma novelesca. Todo esto hace que el lector coja este *Diccionario de la Literatura*, no como la obra técnica que es, no como el libro de consulta para que está destinado, sino como un tomo de amena lectura, que hace grato el momento que se tiene entre las manos.

No obstante, un *pero*, aunque insignificante —alguno tenía que haber—, encontramos en este segundo tomo, que, por otra parte, nos parece completísimo. Es éste el de ciertas excesivas atenciones y extensiones a escritores actuales que aún no han pasado de la categoría de promesas, en tanto otros, ya consagrados por su obra

—y algunos de ellos desaparecidos— ocupan menos lugar y atención en sus páginas.

Claro que respecto a este defecto apuntado ya aclara el autor en su «Advertencia muy importante», que antecede al tomo II, que han sido muchos los escritores que no atendieron al llamamiento que la Editorial les hizo para que enviaran sus biografías. «El público —escribe en esta nota, con mucha gracia— tiene un erróneo concepto del literato español. Le juzga endiosado, pedante, siempre insatisfecho de la gloria conseguida. ¡Concepto tan injusto como reprobable! En esta ocasión ha quedado patente que el literato español es sencillo, modesto, desinteresado.» Naturalmente, esto nos aclara que esas extensas notas —varias de ellas rayanas en el autobombo— fueron las enviadas.

Termina este *Diccionario* recogiendo en su apéndice a los grandes periodistas españoles; cosa muy justa, puesto que son muchos los buenos escritores que han dejado su obra en páginas de diarios y revistas, sin haber logrado verla reunida en tomo.

EUGENIO MEDIANO FLORES.

"MEMORIAS DE LIBREROS", por ANTONIO PALAU Y DULCET.—Edición no venal.—Librería para bibliófilos.—Madrid, 1940.

Va generalizándose cada día más, y bien podemos decir que afortunadamente, el género de las Memorias. Ellas son, por la razón de la sinceridad con que se escriben, los elementos más valiosos que tenemos para conocer la intimidad de los días pasados.

En lo que se refiere a la vida del libro y de los bibliófilos de los días más o menos lejanos a nosotros, no teníamos hasta hace poco tiempo muchos documentos que nos hablasen de ellos. Había, eso sí, catálogos y diccionarios bibliográficos, pero no libros de memorias dando cuenta de aquéllos y de sus aventuras, de la de los bibliófilos a la «caza» de volúmenes raros o curiosos.

Existían las Memorias del que fué editor y librero Cabrerizo, de quien ahora Almela Vives publica en las Ediciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas un tomo encantador sobre su vida; existían en tiempos ya más cercanos a nosotros las

Memorias del viejo Paláu, de don Francisco Beltrán y del padre de los Vindel.

Ahora es Paláu, el viejísimo librero catalán, cuyo nombre ha ganado fama en vida con su Manual, quien ha recopilado algunos trozos de Memorias de libreros de España y del extranjero.

En un tomo de rica edición no venal destinada a los amadores del libro, se reúnen las Memorias de Vicente Salvá, Mariano Cabrerizo y Dionisio Fernández Hidalgo. No es preciso aclarar al lector de estas páginas lo que representa en la cultura española nombres tales, y por ello es innecesario decir del interés de estas Memorias, bien que por lo que toca a los nombres españoles las encontremos resumidas en demasía.

Por el contrario, Antonio Paláu ha acertado plenamente al dar en versiones casi íntegras la de aquellos famosos libreros británicos que fueron James Lackington y Juan Murray.

Bien que a larga distancia de nosotros, las noticias que Lackington y Murray van dejando en las páginas de sus Memorias nos llenan de interés y en ocasiones de apasionamiento, nos hacen palidecer de envidia al ver cómo se nos llevan un libro y saltar de gozo creyéndonos ver representado en el bibliófilo que acaba de adquirir una ganga.

Libros con singular valor y otros humildes, personajes de fama y gentes insignificantes del mundo de la bibliofilia están aquí presentes en las Memorias de estos libreros que ahora saca a la luz Antonio Paláu, quien escribe en este libro un interesante capítulo acerca de la génesis de su famoso *Manual del librero*. Curiosa página ésta, que despierta la atención del lector de estos temas de manera muy singular.

Recuerdos de un aprendiz de librero es el título del capítulo escrito por José María Virgili, que se integra en este gran tomo que venimos reseñando, el cual se abre con un prólogo de Paláu y otro de Luis Bardón, bibliófilo, librero y editor de esta obra dedicada a honrar a Paláu.

El libro, que se ha tirado en excelente papel, con bellos tipos y numerosos e interesantes grabados, se cierra con la vista de los 281 suscriptores de esta obra que, en edición no venal de 306 ejemplares, enriquece nuestra bibliografía, así como viene a darnos a sus poseedores la alegría y el interés de su amena lectura.

J. S.

EL NUMERO 46 DE LA "REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS".

El alto nivel intelectual perseguido por la *Revista de Estudios Políticos* se mantiene dignamente en el número 46, que acaba de aparecer, correspondiente a los dos meses de verano julio y agosto del corriente año. El sumario que este número aporta es particularmente sugestivo, tanto por la entidad de los estudios y notas que presenta como por el evidente interés de la crónica de «Hechos e ideas» y el notable conjunto de «recensiones» de libros importantes, que ha logrado reunir en sus páginas un escogido plantel de especialistas comentadores.

Se inicia dicho sumario con un completo y documentado estudio de don Enrique Tierno Galván sobre las «Formas y modos de vida en torno a la Revolución de 1848» y otro trabajo de don Federico Rodríguez acerca de la «concepción funcional de la igualdad en algunos textos de León XIII». A continuación, entre las «Notas», destaca, junto a la del señor Truyol y Serra sobre el «Homenaje a Roscoe Pound», la de doña Margarita Sáez y Fernández de Toro, en la que, con el título de «El estudio de la ciencia política en los Colegios y Universidades norteamericanos», se pone de relieve la actual adecuación entre educación y sociedad en dicho país. La gran sección dedicada a «Mundo Hispánico» contiene un importante estudio de don Julio Ycaza Tigerino sobre la «Evolución política del indio», y las acostumbradas subsecciones dedicadas a recensiones, noticia de libros y revista de revistas hispanoamericanas.

Seguidamente, en la sección «Hechos e ideas», encontramos, tras la esclarecedora nota de don Gaspar Gómez de la Serna acerca de la dualidad «Síntesis y sectarismo en el 18 de julio», una doble crónica internacional de don Camilo Barcia Trelles titulada «Un desenlace previsto», y la referencia al «Primer año de una revista alemana de sociología» —la *Kölner Zaistschrift für Soziologie*—, debida al señor Linz.

La sección «Recensiones», a cuyo valor ya hemos aludido antes, reúne aquí las correspondientes a diez importantes libros aparecidos recientemente, que son comentados por C. Barcia Trelles, Luis Legaz, Segismundo Royo Villanova, B. Mostaza, J. M. Font Ríus, J. M. Rodríguez Debesa, J. M. Valverde, O. Vegué, Ramón de Garciasol y Esteban Pisón.

A continuación, «Noticia de libros» reúne diecinueve reseñas

de las publicaciones más recientes, más una subsección dedicada a «ecos bibliográficos». Por último, la completísima sección de «Revista de revistas» da cuenta de los artículos y trabajos más importantes aparecidos en las revistas europeas y americanas de mayor relieve intelectual, suponiendo, como en números anteriores, una inestimable labor de síntesis informativa para cuantos se ocupan de temas políticos, jurídicos, económicos, históricos y filosóficos. Una magnífica bibliografía de «Administración Pública», debida a don Juan Gascón Hernández, cierra este número 46 de la *Revista de Estudios Políticos*, que continúa con él el inteligente auge dado a esta publicación por su director, don Francisco Javier Conde.

ISMOS.—Por JUAN EDUARDO CIRLOT.
Librería Editorial «Argós», S. A.—1949.
Barcelona.—Buenos Aires.

Hemos escrito repetidamente, en trabajos publicados sobre arte, cómo considerábamos que aquellos movimientos artísticos —los por excelencia llamados «ismos», circunscritos a un tiempo reciente y nacidos de una sana rebeldía contra un academicismo caduco y topicista— estaban superados en el tiempo y en el hacer por el arte actual del mundo. Creíamos, y así lo afirmábamos, que luego de haber cumplido su misión purificadora del ambiente artístico, de desinfectante de una atmósfera viciada, se hacía necesario abrir las cristaleras del arte y dejar que en su ámbito volviera a tomar cuerpo el aire del arte eterno. Porque no podían ser eternos esos movimientos purificadores que, si limpiaron de vicios la atmósfera artística, también la hermetizaron y cerraron sus puertas al gran público, que es, en definitiva, a quien debe ir dirigida la creación del artista.

Así pensando, creemos que este *Diccionario de los «ismos»*, de Juan Eduardo Cirlot, nos llega con algunos años de retraso, si nos atenemos a su contenido y a la importancia que en él se da a los movimientos «ismistas», que tuvieron su auténtica vigencia durante los años que completan los primeros treinta de nuestro siglo, y de una manera más acentuada en aquellos entre el 18 y la proximidad de la treintena.

Y decimos que nos llega con retraso —aun cuando el señor Cir-

lot incluye en él cuanto «ismo» podamos encontrar, o inventar, desde que el arte toma forma expresiva en el mundo hasta el que le sugiere el último e indocumentado manifiesto que haya podido darse en nuestros días abogando por un «ismismo» artístico— porque es precisamente a esos movimientos artísticos que alcanzaron fama y boga en los treinta años más arriba señalados a los que Juan Eduardo Cirlot presta atención de estudio y análisis detenido, en tanto roza apenas otros de indudable importancia dentro de la historia del arte.

Casi podríamos afirmar, ante este volumen de la Librería Editorial «Argos» —y poco le falta para que nos lo asegure así el autor en su «Introducción»—, que está exclusivamente destinado a fijar puntos de vista y a aclarar oscuridades —al mismo tiempo que a analizarlos— sobre esos movimientos «ismistas» que, iniciados a finales del siglo XIX algunos de ellos, «impresionismo» y «expresionismo», por ejemplo, es en los primeros treinta años del XX cuando toman cuerpo y establecen su imperio. De ahí parte nuestra creencia de que llega con retraso este libro.

Pero un retraso que no lo origina el que este *Diccionario de los «ismos»* carezca de interés —para nosotros lo tiene, y en gran escala—, sino porque el autor lo enfoca, o al menos así lo afirma él, hacia el gran público, en son de ponerle a su alcance el problemático «busilis» que encierra cada una de las facetas de los movimientos «ismistas».

Es en eso donde nos parece que estriba el error del señor Cirlot, ya que hoy nadie pide aclaraciones sobre esas expresiones artísticas, que, con cierta clara intuición —y el gran público, o «la inmensa minoría» a quien interesan las manifestaciones artísticas, da muestras de ella con frecuencia—, consideran pasadas o superadas, y si el caso de incomprensión ante el hecho artístico se presenta, se limitan a desaprobar o a pasar de largo, sin parar un instante su atención, que hoy ya es requerida por aquellos artistas que, habiendo pasado por el Jordán de los «ismos», les dicen con verdad la verdad de la vida elevada a la categoría de arte. El hermetismo no les interesa, aunque al mismo tiempo abominen de lo «pompiere».

Es ya, pues, historia lo que el señor Cirlot analiza en su *Diccionario de los «ismos»*, explicación de *algo que fué*, lo que nos expone, aunque en su forma expresiva adopte posturas de teorizante polemista que presenta problemas y temas de palpitante actualidad. Y precisamente eso es lo que yo tienen los «ismos» : actualidad.

Sin embargo, Juan Eduardo Cirlot, al que se le advierte una continuidad militante en ellos, insiste en tratarlos como si su vigencia actual fuera incontrovertible, como si estuvieran ahí, en la expresión artística de cada día. Ello no significa otra cosa sino que el reloj y el calendario del señor Cirlot se pararon hace veinte años. También nosotros militamos en el mundo de los «ismos»; pero lo hicimos con plena conciencia de que nos enrolábamos en una revolución artística precisa, necesaria en beneficio de la pureza del arte, como también en la vida política y social de los pueblos se hace a veces precisa una revolución. Pero inmediatamente después se impone el período constructivo y la vuelta a la normalidad. Teniendo en cuenta que lo que provocó el momento de rebeldía era tan anormal como el motín mismo.

EUGENIO MEDIANO FLORES

LOS TRATADOS SOBRE EDUCACION DE PRINCIPES.
Siglos XVI y XVII.—Por M.ª ANGELES GALINO CARRILLO.—Instituto «San José de Calasanz».—Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Madrid.

Este libro de *Los tratados sobre educación de príncipes*, de María Angeles Galino Carrillo, viene a llenar un gran bache existente en la historia de la Pedagogía española. Los textos que sobre la educación de aquellos seres destinados al gobierno de los pueblos fueron escritos en los siglos XVI y XVII —y no es época en la que menos atención prestaran al tema, sino muy al contrario—, no habían sido aún espigados de entre la obra completa de cada uno de los autores que pusieron su empeño en tan alto menester como es este de aconsejar y formar a los jefes de los estados, y mucho menos habían sido estudiados y recogidos para que esta parte esencialísima, no sólo de la Pedagogía, sino también de la Sociología —puesto que de la educación del príncipe se ha derivado la forma del estado y de la sociedad por él regentada—, tuviera una continuidad sin solución, que hiciera posible su historia sin claros de tal envergadura.

Se adentra con paso firme la autora en este vasto recinto, y con prosa clara y suave va realizando un estudio completo, atento, de los textos que recoge, y con gran habilidad comparativa va enfren-

tando a los autores unos con otros para encontrar sus puntos de contacto o para diferenciar de una manera total sus divergencias, enfocando sus consecuencias hacia el fin propio propuesto. Así, tras una primera parte que sirve de exposición de las diversas teorías educativas dictadas por los autores —cuyo censo aumenta en muchos nombres y obras—, donde María Angeles Galino va apuntando intencionadamente aquellos puntos en que más tarde apoyará sus juicios, y en la que se estudia y analiza la educación de los príncipes en general, hay otra segunda, donde la autora se afana en fijar la personalidad del príncipe español a través de los textos de nuestros autores a tal empresa dedicados.

Pero tal labor carecería de otro interés que el puramente analítico e investigador si tras él no viniera el impulso creador que se adivina en la autora. Pues María Angeles Galino no se limita a exponer, a cotejar unos textos con otros y a compararlos con más o menos intención partidista, sino que es ella la que después —y siempre en esa prosa sencilla y llana— hilvana su propia teoría y llega a construir un tratado sobre la educación y el ser de un jefe de estado español.

Y es ahí, precisamente por ser la nota creadora de María Angeles Galino Carrillo, que trata de hacerla pasar inadvertida entre la ingente labor de estudio y análisis que el libro en sí representa, donde nos parece hallar lo mejor de este *Los tratados sobre educación de príncipes*, pues a través de todas sus páginas vamos viendo crecer y modelarse la teoría propia de la autora, que se perfila al socaire de las de los autores presentados. Y en esta su teoría encontramos la gran penetración social y pedagógica y un sentido filosófico de gran envergadura que posee María Angeles Galino, los cuales centra dentro de una indeclinable base católica, para trazar su ideal de cómo debe conducirse el gobernante con su pueblo y cómo debe estar formado ese espíritu de comunión que es imprescindible exista entre el jefe de un estado y el pueblo que él dirige.

E. M. F.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 4 de noviembre de 1949 por la que se adjudican los Premios Nacionales de Teatro.

Ilmo. Sr.: Vista la propuesta que, de acuerdo con las Ordenes ministeriales de 15 de julio de 1948 y 27 de mayo de 1949, formula el Consejo Superior del Teatro, en relación a los Premios Nacionales de Teatro establecidos por las citadas disposiciones,

Este Ministerio ha resuelto:

Otorgar el Premio Nacional «Ruperto Chapí», dotado con 10.000 pesetas, a la obra lírica «La Duquesa del Candil», original de D. Guillermo y D. Rafael Fernández Shaw, partitura musical de D. Jesús G. Leoz.

Adjudicar el Premio Nacional «Jacinto Benavente», de idéntica dotación al anterior, a la obra dramática original de D. Juan Ignacio Luca de Tena y D. Miguel de la Cuesta, «Dos mujeres a las nueve».

Atribuir el Premio Nacional «Amadeo Vives», dotado con 150.000 pesetas, a la compañía denominada «Ases Líricos».

Conceder el Premio Nacional «Eduardo Marquina», dotado con 120.000 pesetas, a la compañía dramática de Alejandro Ulloa.

Adjudicar el Premio Nacional «Lope de Rueda», dotado con 70.000 pesetas, a la compañía dramática de María Fernanda Ladrón de Guevara.

Distribuir los Premios Nacionales de Interpretación, dotados cada uno con 10.000 pesetas, en la siguiente forma:

Premio Nacional de Interpretación Femenina «Ofelia Nieto» a la soprano señorita Consuelo Rubio, por sus actuaciones en España y en el extranjero.

Premio Nacional de Interpretación Femenina «Rosario Pino» a doña María Carrillo, por la labor interpretativa llevada a cabo en la comedia «Shanghai-San Francisco».

Premio Nacional de Interpretación Masculina «Ricardo Calvo» a D. Antonio Vico, por la

calidad artística del trabajo desarrocado en la obra dramática «Dos mujeres a las nueve».

Premio Nacional de Interpretación Masculina «Emilio Mesejo» a D. Raimundo Torres, por la calidad artística de la creación interpretativa lograda en la obra lírica «Las golondrinas».

Lo digo a V. I. para su cumplimiento.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 4 de noviembre de 1949.

IBAÑEZ-MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de Educación Popular.

ORDEN de 3 de noviembre de 1949 por la que se nombra el Jurado calificador de los Premios Nacionales de Literatura «Francisco Franco» y «José Antonio Primo de Rivera» del presente año.

Ilmo. Sr.: De conformidad con lo previsto en el artículo octavo de las Ordenes ministeriales de 25 de enero del año en curso (*Boletín Oficial del Estado* número 37, de 6 de febrero), por las que fueron convocados los correspondientes para los Premios Nacionales de Literatura «Francisco Franco» y «José Antonio Primo de Rivera»,

Este Ministerio de Educación Nacional ha tenido a bien nombrar el Jurado calificador, compuesto por los señores siguientes:

Presidente, Ilmo. Sr. D. Luis Ortiz Muñoz, Subsecretario de Educación Popular.

Vicepresidente, Ilmo. Sr. don Pedro Rocamora Valls, Director General de Propaganda.

Vocales: D. José María Pemán y Pemartín, D. Emilio García Gómez, D. Pedro Mourlane Michelena, D. Melchor Fernández Almagro, D. Manual Cardenal Iracheta y D. Adriano del Valle Rossi.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 3 de noviembre de 1949.—P. D., *Luis Ortiz.*

Ilmo. Sr. Subsecretario de Educación Popular.

Durante el mes de noviembre el *B. O. del E.* publicó, entre otras, las siguientes disposiciones:

ORDEN de 22 de junio de 1949 por la que se aprueba el Reglamento de régimen interior de la Fundación «Lázaro Galdiano».

ORDEN de 28 de octubre de 1949 por la que se jubila al catedrático de la Universidad de Madrid D. Eugenio Cuello Calón.